



**hojas de arte y letras**

**9**

**cádiz**

## COLECCION «ISLA»

CARLOS MARÍA DE VALLEJO: «LOS MADEROS DE SAN JUAN». (Glosario de rondas y canciones infantiles). 2.<sup>a</sup> edición. — 4 pesetas.

JOSÉ F.<sup>co</sup> DÍAZ DE VARGAS: «SEGADOR EN EL VIENTO». (Poemas). — 4 pesetas.

PEDRO PÉREZ CLOTET: «TRASLUZ». (Poemas). — 4 pesetas.

ALEJANDRO GAOS: «ÍMPETU DEL SUEÑO». (Poemas). — 5 pesetas.

ALVARO ARAUZ: «33 CANCIONES». — 4 pesetas.

VICENTE CARRASCO: «RECTÁNGULOS». (Poemas). 5 pesetas.

P. MINELLI-GONZÁLEZ: «7 CAMPANAS». (Poemas). 3,50 pesetas.

JUAN LACOMBA: «CANCIONES SOBRE EL RECUERDO». — 2,50 pesetas.

Seguirán:

«ANTOLOGÍA PARCIAL DE POETAS ANDALUCES». (1925-1935). Prólogo y selección de ALVARO ARAUZ.

R. OLIVARES FIGUEROA: «SUEÑOS DE ARENA».

JULIO ANGULO: «RAÍZ DE CIELO».

CARLOS M.<sup>a</sup> DE VALLEJO: «NUEVO TINGLADO DE POETAS Y PROSISTAS». (Críticas) y «UNA NOCHE ES LA EDAD DE LAS ESTRELLAS». (Antología lírica).

P. PÉREZ CLOTET: «VIENTO DE MONTAÑA».

JOSÉ MARÍA MORÓN: «ALMADÉN».

**redacción :**

**marqués de cádiz, 5**

**Mentor: Pedro Pérez Clotet**

# MUERTE A LO LEJOS

*Je soutenais l'éclat de la mort toute pure*

PAUL VALÉRY

Alguna vez me angustia una certeza,  
Y ante mí se estremece mi futuro.  
Acechándole está de pronto un muro  
Del arrabal final en que tropieza  
La luz del campo. ¿Mas habrá tristeza  
Si la desnuda el sol? No, no hay apuro  
Todavía. Lo urgente es el maduro  
Fruto. La mano ya le descortez.  
...Y un día entre los días el más triste  
Será. Tenderse deberá la mano  
Sin afán. Y acatando el inminente  
Poder, diré con lágrimas: embiste,  
Justa fatalidad. El muro cano  
Va a imponerme su ley, no su accidente.



# CALLEJEO

No sabe adónde va.  
Ni le orienta la nube  
Próxima que en el cielo  
Se aísla, ni conduce  
Por sí mismo sus pasos.  
Le impulsa la costumbre  
De pisar y avanzar.  
Nada tal vez más dulce  
Ni de mayor consuelo  
Que la tarde de un lunes  
Cualquiera paseado  
De pronto. No transcurre  
La hora. Permanece  
Con todo su volumen  
Bajo la mano aquel  
Tiempo sin norte, dúctil,  
Propicio a revelar  
Algo impar en el cruce  
De unas calles. ¡Perderse,  
Hacerse muchedumbre!

JORGE GUILLÉN

## C A N T O

Ancha lengua que subes.  
 Destructora conciencia aguda dura  
     que no perdona:  
 Trabaja, lame, pule o edifica  
     tu ardiente vasallaje.

Abrete segura, hoja o cabellera  
     que tu voluntad grita.  
 Ataca, punza, desmorona la carne,  
 el canto o el cemento.  
 Sube, enróllate, aprieta  
 con tu asfixiante estrago  
 la cal o la mentira,  
 la fibrosa entraña,  
 los caños de la vida,  
 la madera o el yeso.  
 ¡Gubias por el aire!

Cruje, crujan, que crujan  
 abajo, arriba, en el blando costado.  
 Húndete en las profundas negras galerías.  
 Te hundas en las tronchas  
     aguas descendentes,  
 en el papel más blanco,  
 en el turbio secreto.  
 Salta.  
 Cruje, crujan, que crujan:  
 ¡no descanses!  
 ¡Oh espeso manto de tu ardiente aliento,  
 asciende,  
 revuélvete en el suelo  
 que agoniza!

Ancha lengua que subes.  
 Tela que sin memoria, enloquecida,  
 devastas cuerpos, ríos y ciudades:  
 Vuelve,  
 que vuelvas,  
 vuelva,  
 que te llaman las torres,  
 las crujientes venas,  
 la piedra en las campanas.  
 Ven,  
 que vengas,  
 que vuelvas,  
 rompedora de sombras:  
 ¡oh,

clávate en los pechos!  
 Tus buriles se pierden en el aire.  
 ¡Más hondo!  
 ¡Más arriba!  
 ¡Libértala!  
 ¡Liberta su edificio!  
 ¡Oh luz desmelenada!  
 ¡destructora concienzual!  
 Ancha lengua que subes por el viento.

EMILIO PRADOS

## B A H I A

¡Quién pudiera esta tarde  
 templada de tu enero,  
 bahía mía, dejarte  
 mis blandos pensamientos  
 como un lecho de algas  
 para tu alegre viento!  
 Yo iría en paz de hijo  
 a acariciarte luego  
 con la flor de mis ojos  
 que te aman en silencio.  
 En un cojín de nubes  
 el sol se iría escondiendo,  
 nimbando gaviotas  
 con un dorado cerco,  
 y yo, tu hijo más triste,  
 a tu costado un beso  
 te tiraría, mía,  
 bahía mía, luego.  
 Aquí, en mis soledades,  
 todas las tardes sueño  
 con hablarte, con verte,  
 con cantarte en mis versos,  
 con adorarte, mudo,  
 en Dios, es que tu silencio,  
 tus olas verdinosas,  
 tu grácil movimiento,  
 ¡bahía mía, madre,  
 balancín de mis sueños!

ROGELIO BUENDÍA

# LA RESPUESTA DE FUENTEOVEJUNA

A la ingenuidad suspensa de Lola,  
hermana mía, ante el blanco-azul si-  
lencio siempre flor, de Lope.

Jamás se sabrá. «Fuenteovejuna», es una verdad sin causa. Jamás la causa de la indignación popular, llegará hasta nosotros, quizá porque el pueblo hoy cata a los comendadores, sin arrodillarse ante los reyes. Es preciso desnudar las acciones. Es conveniente en este caso desnudar la acción de Esteban y los suyos, y entonces contentarnos con una interpretación. La interpretación será la causa. Toda verdad que se puede interpretar, es una verdad, una verdad viva, y no otra cosa fué «Fuenteovejuna». Lope no necesitaba para su lección teatral, más que un leve motivo, apenas un suceso. El suceso acaeció en la Fuenteovejuna de 1476 en Córdoba. Dice el tiempo, han dicho en el tiempo los hombres, que los vecinos intentaron vengarse de las vejaciones de Fernán Gómez, el Comendador. Lastimados en honra y vida—palabras del propio Lope—y ante las increpaciones de la ofendida Laurencia, unido el pueblo a una voz, como el bueno de Mengo grita en el drama, Fuenteovejuna borra vejaciones colosales. Pero al pueblo no puede tampoco preguntársele la causa. Jamás la sabrá. «Fuenteovejuna lo mató», contestará unido. *Tuvo que unirse* para poder así contestar. «Fuenteovejuna» es sencillamente lo popular, como una espuma («nieve encendida» diría Lope), tomando cuerpo en una justa acción. El pueblo en «Fuenteovejuna» logra su expresión, aunque apenas sabe hablar. «Fuenteovejuna» es una entraña muda que convence por su vida, que convence por su ímpetu. «Fuenteovejuna» más que una razón, es una viril respuesta colectiva; una caliente sangre que se advierte.

No lo comprendió el pesquisidor así. Era inútil maniatar a Frondoso. Estériles los tormentos de Pascuala y Mengo, y también el del niño que en «Fuenteovejuna» se redime declarando como aquellos hombres. Los personajes de «Fuenteovejuna» no tenían razones personales y era pueril personales respuestas exigirles. Componían entre todos un nombre. «Fuenteovejuna» era el nombre formado por aquellas humanas, por aquellas vivas letras. «Fuenteovejuna» era lo que los representaba. Lo que representaba a los vecinos de la villa, después de que Laurencia se hartó de llamarlos... Pero no repitamos las palabras textuales de Laurencia. No convienen a nuestra interpretación. Atenderlas sería contemplar «Fuenteovejuna» entre nobles y villanos, allá por el xvii. Y de lo que se trata, es ver «Fuenteovejuna» de lejos, desde nuestro presente, y apuntar ligeramente su influencia en nosotros, su social influencia.

La embocadura del teatro de Lope, luce unos amercillos ungidos por galanas palabras. Hay cinco fúlgidos nombres que aún claramente se divisan: vida, gracia, elegancia, donaire y galanura. El fondo de su teatrillo no importa. Creemos que es azul. Azul y totalmente limpio de líneas, de cosas. Comprendemos de lejos, que sus personajes en él pueden moverse ampliamente en cualquier dirección. Comprendemos la cantidad variadísima de direcciones que eligen. De vez en cuando, en tal cual comedia de nuestro autor genial, en este o aquel momento en que la gracia desborda la vida de los muñecos que en su escenario se mueven, hemos creído ver las vaporosas bocamangas de su atuendo. Lope de Vega no se esfuerza mucho en disimular que su teatro es un amplio guñol, por su vitalidad espléndida movido. Lope de Vega lo mismo ante los hombres de su tiempo, que ante los que desde nuestro tiempo lo contemplamos, por el nerviosismo que dirige a sus figuras nacidas de una plena vida creadora, dificulta a veces la acción de sus muñecos para dejarnos oír su lírica voz llena de ardida gracia. Otras, logra un excesivo dinamismo para sus personajes, perdidos en el enredo de sus maravillosas comedias. Pero Lope de Vega no tiene por qué ocultar sus manos. Las manos traman y traman y Lope fundamentalmente es nuestro genial enredador. Lope de Vega en nuestro teatro, es máximo enredador gracioso. Lope por sus enredos, por sus elegantes construcciones, por la trabada vida de su fantasía, es sin duda el encuentro de las cinco palabras—

galardón de su airoso teatro—que definen España, y un día tuvo en «Fuenteovejuna» que justificar su ser exponente de lo español.

De lejos, desde nuestro tiempo, vimos en su teatro la férrea naturaleza de una comedia famosa. De lejos, desde nuestros días, escuchamos las vivas palabras de su «Fuenteovejuna». Estábamos distantes, muy distantes de la crónica que a Lope interesó para la construcción de su comedia. El aire con frecuencia enviaba a nuestro mundo las palabras ultraje, agravio, enojo, honra, honor, ira, justicia. Teníamos sobre todas las palabras, honor y honra, consideradas como algo añejo. Y sin saber por qué, sin explicárnoslo profundamente, cuando escuchamos al Comendador su estúpida pregunta: «¿vosotros honor tenéis?», comprendimos el levantamiento. Sentimos en el espíritu popular de los Villanos la inminente indignación. Lope había de responder al Comendador con «Fuenteovejuna». Lope sí sabía por qué todos sus nobles villanos solamente «Fuenteovejuna» respondían. Porque a Lope de Vega le gustaba enredar. Enredar en las cosas fundamentales. Enredar en este caso en las cosas del honor. Para favorecer el crecimiento de algo tan fundamental como la honra. De lo que Lope considera—y lo hemos visto en labios de alguno de sus personajes—el «honor propio».

¿Cómo pareciendo el honor y la honra conceptos añejos, sirvieron precisamente para que nosotros ante la impertinente pregunta del Comendador tembláramos? ¿Cómo el ultraje al «honor propio» nos invitó en nuestro tiempo al comienzo del drama? ¿Cómo estimar el levantamiento popular de los villanos de «Fuenteovejuna» como algo ejemplar, desde nuestro tiempo en que el honor, el retórico honor, se cree un prejuicio?

Desde que el Comendador en «Fuenteovejuna» tal pregunta plantea, vemos crecer desde lejos en Esteban y los suyos una rara, nueva entraña. A los tranquilos villanos de Fuenteovejuna no les asalta el honor. Esteban y los suyos no miran en rededor para contemplar el efecto que en los demás la necia pregunta del Comendador produce. Esteban y los suyos no van a levantarse por una sensación de ridículo. Esteban y los suyos van a matar al Comendador por sentirse ungidos de grave responsabilidad. No es el amor propio lo que les mueve. Es algo casi igual y diferente.

Por no ser el amor propio lo que les impele al levantamiento popular, desde nuestro tiempo observamos que no es esta pregunta que a nosotros tanto nos preocupa en labios de Fernán Gómez, lo que a los villanos moviliza. Con sus insultos, con sus gritos, con sus advertencias furibundas, es Laurencia, la ofendida Laurencia, la que los determina al colectivo asesinato. Ellos, tranquilos, confiados, ante la pregunta del Comendador, sintieron la germinación del malestar. Sintieron mínimamente su honor ultrajado. Pero ese honor ultrajado, a los que no poseían conciencia del hombre, tenía que convertírseles en honor propio ofendido. En ultrajada honra. En honra malherida. ¿Cuándo ocurre esto en «Fuenteovejuna»? Cuando Laurencia desesperada, llena de esa ira, que Lope gusta llamar «rayo del cielo», increpa violentamente a los vecinos de la villa.

Mas ellos no matan al Comendador, porque haya Laurencia escuchado la cruel pregunta, y por tanto, espectadora única del ridículo en que caen en tanto esa pregunta no quede justamente respondida, los desprecia. Ellos quieren la muerte del Comendador porque el Comendador ha ofendido su honra, en Laurencia corporeizada. Porque el Comendador ha ofendido su honor propio. Honra y honor en los villanos de Lope no era algo que existía. La honra y el honor los despierta la pregunta del Comendador. Fernán Gómez, al preguntarles por algo sobre lo que jamás habían recaído, les hace recaer. Fernán Gómez, que hombre no se sabe, no quiere saber nada de la existencia de los hombres. Y sin advertirlo, en Esteban y los suyos siembra la esperanza de poder llegar a la jerarquía de hombres por la exaltación, por la purificación de su honor propio ofendido.

Los villanos de Fuenteovejuna ante tamaño impulso, sienten crecer su protesta como una nueva entraña. Sienten, no que algo los rellena, sino que algo los solidifica. Todos sus movimientos indeterminados, todas las idas y venidas que plantean antes de asaltar el palacio del Comendador, son los momentos más dramáticos que florecen en la comedia. Y en medio de esta indeterminación, de esta angustia extraordinaria, un personaje asegurará:

Este bárbaro homicida  
que a todos quita el honor.

Estas palabras que desde nuestro tiempo, abren todo el contenido, toda la clave por la que reaccionan los personajes de Lope, son pronunciadas sin embargo por ellos, al calor de una duda germinal. Los personajes de Lope, en su honor propio ofendidos, llegan a dudar de que son hombres. No se lo comunican. No es necesario, puesto que no sintieron como hemos dicho, del ridículo la sonrisa. Pero reflexionan. Reflexionan angustiadamente. Lanzas sin conciencia absoluta las anteriores palabras, sí con grave vehemencia. Y es que poco a poco el honor se va haciendo más grave en

ellos. La protesta que comenzó a tinter mínimamente sus ofendidas entrañas, va adquiriendo tamaño extraordinario. Como su honor no es un prejuicio; como el honor para ellos no es un cielo moral que hay que tener siempre ante los ojos ajenos reluciente—como ocurre quizás en la entraña de algunos falsos personajes calderonianos—sino algo que por nuestro cuidado sirve constantemente de referencia ética al hombre, en lugar de reducirlos, los agranda. Siguen pensando que las palabras del Comendador más que ponerlos en ridículo, son palabras que han de unirlos, para aclarar en la rebelión colectiva una duda personal importantísima. Han de redimirse matando un fantasma. Llega un momento que Esteban y los suyos han olvidado casi la ofensa del Comendador, pero Laurencia, siempre Laurencia, les habla precisamente de ello. Lo que en el admirable monólogo lopesco Laurencia con verbo dramático excepcional en nuestro teatro plantea, es un sencillo dilema: si el Comendador no muere, no es que queden ellos ofendidos en su honra villana, es que toleran la existencia de alguien que como hombres no los considera.

El honor propio en Esteban y los suyos se agiganta. Poco a poco van hombres y mujeres reuniéndose en la plaza. Se dicen pocas cosas. Todos van en realidad rumiando la ofensa inferida al gran hombre sin desarrollar que llevan dentro, y que no sólo está oprimido por el Comendador sino en su desarrollo, por el Comendador, por la pregunta de Fernán Gómez negado. Pero no hay nadie que oriente su sublevación. No se sienten hermanos de una bandera. No hay en realidad nadie que su sublevación avive. Laurencia sin embargo no cesa. Su cantinela se reduce a no considerarles hombres. Sus imprecaciones a negarlos como hombres se reducen. Hasta que el honor propio llega a un punto, el momento en que todos encuentran un nombre que sirva de bandera a su rebelión popular, el momento en que todos flamean la palabra «Fuenteovejuna», que la angustia se resuelve. El honor propio es el hombre. El honor propio es el mejor hombre que a todos los hombres crece por dentro. Y este hombre es el que dice en Lope que se siente lastimado en «honra y vida». Lastimado en su vida, en la vida de este hombre mayor ideal que al hombre conduce. Lastimado en su honra, que no es otra cosa que la consideración que establece el hombre—en este caso Esteban y los suyos—alrededor del hombre arquetipo.

Ya tienen la palabra: «Fuenteovejuna». Ya serán inútiles las palabras del pesquisidor. «¿Quién mató al conde?». «Fuenteovejuna, señor». Y lo mató «Fuenteovejuna». Lo mató «Fuenteovejuna», porque «Fuenteovejuna» fué el medio, la bandera, lo menos importante y lo más importante en la salvación de quienes al dudar de ellos, de su hombría dudaron. Del hombre mayor interior no se hicieron partícipes, no se creyeron dueños—dueños de él mismo, dueños de sí mismos—hasta que al matar a un fantasma que en el insulto procaz su propia calidad fantasmagórica delataba, sintieron en ellos mismos el triunfo de su honor propio. Hasta que con la muerte del mal Comendador, que de su honor dudaba, que en ellos como hombres no creía, sintieron caer como una escama al villano, sintieron caer en un cambio de piel las dudas que construyendo una inferioridad tristísima componían la villana fisonomía, y crecer como un nuevo coraje la reciedumbre de un hombre nuevo.

\* \* \*

Ellos jamás lo podían saber. Si acaso, Lope. Esteban y los suyos jamás pudieron saber la causa de su rebelión. La plantearon honradamente, viendo que así salvaban su honra, al hombre mejor que en potencial todos ellos sentían. Pero nosotros, desde nuestro presente, contemplando el teatro de Lope en el xvii, y en él, la justificación mayor de su españolismo, «Fuenteovejuna»; comprendiendo el sentido espléndido que la honra y el honor—a falta de un concreto sentido vital—tiene en los hombres de Lope, que más que constreñirlos, los yergue en esta comedia héroes, poetas, que encuentran raramente la poesía y al hombre, en un magno suceso colectivo, comprendemos que ese coraje, ese coraje sano, luminoso y vengador, sólo es rango de VILLANOS, sólo es rango popular, que hoy los que nos consideramos constantemente humillados, otorgando a ese odio un sentido concreto, lo evocamos en «Fuenteovejuna» como suceso en el que nacen hombres. Como patentización de la máxima virtud española que es el coraje y el ímpetu al servicio en este caso de la vital dignificación. Viendo este purísimo ejemplo poético, este poema—mar de extraña y fresca norma—, como limpia maqueta un poco sin sentido, del suceso creador del hombre nuevo posible, brasa limpia de las confiadas cenizas con sentido—con sentido en el amor, el odio y el desprecio—que esperan los ruegos o insultos de una Laurencia, diferente a la de Lope; los clamores de la Laurencia con importancia auxiliar e instantánea en la lucha, viva siempre, en los pechos tristemente ofendidos de nuestro tiempo.

ENRIQUE AZCOAGA

## TEMPANO EN EL AIRE

En el camino  
     la cabeza vacía  
     Cuando la mañana despierta al dormido  
 El árbol colmado de palabras que vuelan o caen  
     frutos maduros o pájaros  
 Cuando la niebla roja del crepúsculo borra los rayos de luz  
     el carruaje que se desliza  
 y el resplandor del mundo que tiembla en el horizonte  
 Es otra cortina que cubre el paisaje  
     Y las voces de los campesinos  
 Es otra razón que hace volver los rostros  
     hacia la espalda del pasajero  
 Es este relámpago enrollado en las olas del aire  
 Y en el cielo las líneas verticales  
 El sol se despliega  
     Las nubes se desatan  
 Y las estrellas caen apagadas en el mar  
 El día se ha desplegado como un mantel blanco  
     Y ya no se ve nada  
 El oro descende en polvo sobre la línea de las rutas  
     y sobre otros caminos  
 Las casas se han fundido en la luz rubicunda  
     Y los árboles perdidos  
 Todo llamea hasta la tarde en que suena otra hora  
     Habla más bajo  
 La tarde  
 Cuando el viento cesa y reposa su sombra en la espesura del fondo  
 Entonces el fuego se apaga  
 las cosas reaparecen  
 La casa y su techo  
     La colina torcida  
     La haya que se desenrolla  
     Y todo lo que se agita  
 Detrás del muro la noche sube en otra decoración  
 No se ven las manos que alumbran las lámparas  
     ni los pliegues del terreno  
     Se habla  
 Una voz corre en el hilo luminoso y queda enganchada a los arbustos  
     Un ruido turba el curso del agua  
     Alguien mira  
     el fin de la estación  
 Y más arriba que el viento que ha plegado sus velas  
     la pantalla del poniente  
     Las alas del sueño  
 El cielo blanco de chispas lanzadas a manos llenas  
 Y los árboles cubiertos de gotas y de estrellas  
     a lo largo del camino.

PIERRE REVERDY

(Versión de Jorge Carrera Andrade)



# Intento remover las aguas del olvido y del recuerdo

## 1

La escuela del pueblo—sucia y maloliente—tenía abiertos de par en par los balcones por los que se adentraba el calor amarillo del ya próximo verano. Flotaba por el aire—verde esperanzado—la alegría de una vacación cercana. En las manos de un niño, con el pelo de color panocha, se sostenía un libro, balanceándose al compás del sonsonete burlón con que el coro de alumnos canturreaba la vieja fábula

Cantando la cigarra  
pasó el verano entero...

A un lado del verso, había un suave dibujo en negro con los personajes. La hormiguita hacendosa, con mandil de ama de casa, arreglando los cacharros en un vasar próximo, y, en el campo, que se veía merced a una ventanilla colocada muy en último término, adivinábase la silueta menuda de una cigarra con una bandurria en la mano.

Al tiempo que en el reloj de la torre hacían una presencia sonora cinco campanadas amigas, se dió por terminada la clase y el chorro multicolor de los chiquillos desbordó las puertas y no bien salidos a la calle enarbolaron los estridentes banderines de sus gritos. Aun rondaba por la cabeza del maestro el sonsoniquete

sin hacer provisiones  
allá por el invierno.

## 2

Lope de Vega canta y encanta durante su vida entera. Y tampoco guarda mas provisiones que un bocado de ilusión y un trago de cariño hacia su obra. Lo que en otras personas supone el respirar para vivir, es lo que en él significa hacer versos y decirlos a mil oídos distintos, en infinitos y variados paisajes. Conservando siempre el tono mayor español, la espontaneidad, la gracia fresca de la idea, el escorzo caliente de la imagen. Saltan como chispas, de sus comedias, la burla y el gracejo, la risa y el guiño, que encuentran fácil acomodo en cualquier escena, que salen naturalmente, como de la mano, en un romance, soneto o seguidilla. Y así va transcurriendo la representación en el mundo de entonces de la comedia dramática de su vida. Lope camina siempre apoyado en sus versos, en su arte, porque cuando no lo hace así sufre contusiones de alma, caídas de corazón que sangra. La poesía le proporciona una alegría de vivir, un claror de espíritu, que hace presencia y resplandece incluso en los momentos más difíciles, en esas escenas representadas sin público, y, que de haberlas presenciado el que a Lope fué siempre adicto, las hubiera clavado de aplausos atronadores.

## 3

Yo intento remover las aguas del recuerdo. Y quiero hacerlo así para ir sacando como cerezas encendidas y encadenadas dulcemente unas a otras, toda una sarta que podría ser interminable de ejemplos de frase y verso, de idea y de emoción. Quisiera levantar esas aguas, hoy casi muertas, para que en olas de admiración vinieran a firmar adhesiones de espumas en esa playa azul, desconocida e infinita, donde sin duda como asentado en claveles y corazones descansa el poeta.

Pero también quisiera remover las aguas del olvido, que fueran creciendo y subiendo para esconder—a pesar de su transparencia—ese fango inevitable de humana condición que en todos pesa y que ahora algún necio ha querido volver a sacar a la superficie. Prefiero que quede allí, en lo más hondo, muy profundo, y, que, en lugar de simples hierbas, vistas de lo alto—que es donde aconsejo colocarse siempre—nos semejen los cabellos de plata ardiendo en verde de una ilusión.

Creemos, que la piedra besada por ese rayo de sol convertido en buzo no es simplemente perdrusco sino que mantiene en su derredor como una música extraña de luces.

Por eso yo intento remover las aguas del recuerdo y del olvido.

La sorna, en Lope, crece y se desarrolla libremente y pone un gusto a pimienta, apareciendo cuando menos lo esperamos. Así en «El Hijo de Reduán» hace decir a cierto mozo, despectivo y muy solicitado, estos versos socarrones:

Si me mandare rondar  
de noche, digo que no,  
porque a un tiempo el sol y yo  
nos hemos de ir a acostar.  
Si otro alguno anda por ella,  
ni tengo de acuchillalle,  
ni pienso entrar en la calle  
mientras anduviere en ella.  
Ha de tener gran cuidado  
de hacerme camisas buenas,  
darme bandas y cadenas  
y algún dinero prestado.

Y salta con tremenda agilidad de lo burlesco para a continuación engarzar sabiamente un romance del mejor brío español con el que contestan las desairadas doncellas y que comienza:

Al hijo de Reduán  
al de la Sierra Nevada...

\* \* \*

De vez en cuando Lope se encariña con un tema, parece que incluso llega a un desposorio ideal con él del cual nacen variados y numerosos hijos o versiones. Corresponde en literatura a ese fenómeno de los pintores con las réplicas de un mismo asunto y es tema curioso el ver tratado —verso o lienzo— desde distintas alturas o edades. Tal sucede entre otros con el «Beatus ille...» de Horacio, trasladado y compuesto en mil rincones de sus comedias. Véanse algunas muestras. En «El Perseo»:

Que solos los amores  
de las parleras aves  
me causan alegría,  
cuando aparece el día,  
sentado entre la hierba, a los sūaves  
céfiros que recrean  
los que vivir en soledad desean.

En «Las Grandezas de Alejandro» hace decir a Diógenes:

Vivan los altos reyes  
de púrpura vestidos;  
mortales son: no tengo que invidiallos;  
hagan, deroguen leyes,  
y tengan oprimidos  
reinos, provincias, mares y vasallos;  
sin armas, sin caballos,  
en estas soledades  
fui señor de mí mismo,  
del mar, del hondo abismo,  
pirámides, palacios y ciudades:  
Que aunque aforismo fuerte,  
no hay tal filosofar como en la muerte.

En «Los Tellos de Meneses» con más claridad de concepto y galanura de forma dice:

¡Cuán bienaventurado  
puede llamarse el hombre  
que con su oscuro nombre  
vive en su casa, honrado  
de su familia, atenta  
a lo que más le agrada y le contenta!

Que considera Menendez Pelayo como la mejor versión del texto famoso.

Lo mismo ocurre con el *Cantar de los Cantares*, del que también abundan hermosísimas remiscencias. Así en «El Nombre de Jesús» dice la Esposa:

Monte dulce y fragoso,  
al amor y a la ausencia alegre y triste,  
¿a dónde está mi esposo,  
que de mirra y de flor esmalta y viste  
sus prados al Aurora,  
argenta fuentes, y laureles dora?  
¿A dónde el pastor mío  
agora sus ganados apacienta?  
¿Por qué margen de río  
pasar la siesta retirado intenta?  
¿Qué valle le merece,  
y en sus divinos pies los lirios crece?

Y el tema de honda belleza y emoción del Soneto de la Amistad («¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?») sale a flor de piel en su comedia «El Serafín Humano» dedicada a San Francisco, en uno de cuyos momentos se lee:

¡Dulcísimo Jesús, yo estaba ciego:  
Yo estaba ciego, vida de mi vida,  
pues no te abrí cuando llamaste luego.

Y en otro pasaje de la misma comedia completa al exclamar el Santo:

¡Tú los inviernos en mi calle helando  
tu regalado cuerpo, y yo durmiendo  
muerto y amortajado en lienzo blando!

\* \* \*

No menos facilidad tiene para acoger y asimilar cuanto de popular, gracioso y fresco ha oído, toma pie de ello para dejar correr libremente el verso. Tal sucede con la glosa que en «El Pastor Lobo y la Cabaña Celestial» hace del maravilloso cantar:

Pastora, que en el cayado  
trae retratado el pastor,  
viene vencida de amor,  
lástima tengo al ganado.

No se por qué me lo imagino como a uno de aquellos plateros toledanos refugiados en el Barrio de las Juderías engarzando limpia y sabiamente sus piedras preciosas a la indecisa luz de un velón de dorados reflejos. Orfebre que trabaja con delicadeza y arte consumado las joyas populares de los cantares de España.

\* \* \*

Toda su obra anda rezumando curiosidades y así en «El Milagro de los celos», oímos decir a una muchacha del campo lo siguiente:

Aunque no haya que comer  
siempre solemos tener  
limpia la mesa y la cara.

Démela a besar, segura  
que no pase lo que un día  
a una hidalga que solía  
besarle la mano al cura.  
Púsose de lo encarnado  
en los labios con exceso,  
e imprimióle con el beso  
un párrafo colorado.

Recuerdo de uno de aquellos «tarricos de arrebol» que con tanta amargura presencia abandonados entre el desorden que siembra en su cuarto su hija Antonia Clara cuando abandona la casa de Lope, y que él dice en su verso con un dolorido detalle.

Por lo que se ve ya en aquellos tiempos los femeninos labios sufrían falsas calenturas debidas a escondidos pinceles.

\* \* \*

De ese contacto con el pueblo, constante y seguro, nace su compenetración absoluta con el sentir de su tiempo del que ha de ser Lope la mejor expresión. Y hace pie en el refranero y coge de él lo que le conviene de momento para el enredo de su comedia disponiéndolo enseguida en verso suelto. En «La Desdichada Estefanía» se puede leer lo siguiente:

Dios te libre, me decía  
mi abuelo, y ¡qué bueno era!  
de amor de mujer ramera,  
sereno de noche fría,  
sol que membrillos madura,  
fuelles de amigo soplón,  
de cuchillada a traición  
y de casa mal segura.

\* \* \*

Imágenes precisas y exactas. Rotundas y claras. Enérgicas y decididas. Vivas en todo momento, palpitando el verso, hoy y siempre. En «El Galán de la Membrilla»:

Baja entre peñas una fuente fría,  
a nuestra verde huerta, por canales  
de corcho, en que suspende su armonía;  
mas diremos que baja entre corales,  
si a su blando cristal llegas la boca  
y con claveles pagarás cristales.  
Coge el melocotón pues ya el perfeto  
color le adorna, que al vencer la calma  
del tiempo el airè manso y quieto,  
más gusto te dará quitarle el alma,  
que al dulce dátíl, de temor del moro  
subido en el alcázar de la palma.

En «La Envidia de la nobleza» hablando de Granada describe:

Sus cármes cultivados  
cada cual otro pensil,  
y en jaspes verdes, Genil,  
quebrando vidrios helados.

En «Valor, fortuna y lealtad»:

Por pizarras desiguales,  
viendo que a los campos sales,  
tropieza en su misma prisa

la nieve, deshecha en risa  
para que pises cristales.

\* \* \*

Luego se advierte en Lope ese no pararse en nada, signo seguro del artista. Y así en su comedia «El esclavo de Roma», basada en la conocida anécdota de Androcles y el león, en un aparte, dice Lope tan tranquilo: «Ahora vaya saliendo el león», sin figurarse el conflicto que sobrevendría en la representación, dado el verismo en escena a que él estaba acostumbrado y que siempre propugnó.

\* \* \*

Y así sigue imaginando extrañas y formidables tramoyas. Aparatos de un desusado tamaño y grande complicación. Todo esto lo emplea sobre todo en sus autos sacramentales y comedias de vidas de santos, asuntos religiosos o fabulosas leyendas.

Es en estas piezas teatrales donde al lado de un deslumbre fastuoso en la presentación y alegorías—que siempre le cuidaban mucho—y por si acaso eso fallaba, cuando vierte Lope en el verso toda su luz y majestad de poeta. Y se siente cercana la música del verso, como en el «Viaje del alma» en las estrofas que dice Jesucristo dirigiéndose al Alma, a esa alma que no dudamos en calificar de autobiográfica:

Decidle al Alma que aguarde,  
si arrepentida me ama;  
llegue a mí, no se acobarde,  
que nunca yo vengo tarde,  
puesto que tarde me llama.

Y así fué el llamar del poeta, tardío, pero seguro, cierto de sí mismo y de una fe de raza.

\* \* \*

Habremos de cortar, porque este ejemplario sería interminable. Los versos recordados, vienen a pasar ante nuestra vista como bandadas de pájaros alegres y sencillos.

Lope de Vega es algo más que el del Soneto que le manda hacer Violante, o el que contesta en coro acompasado a la pregunta de «¿Quién mató al Comendador?» Brota del estudio de su figura—por breve que sea—una como simpatía extraña hacia su persona. Simpatía que de rechazo viene a verse en su obra. En esa obra, espléndida siembra de temas y motivos, tan desigual y varia, que encierra un cúmulo de sorpresas y encuentros, para todo aquel que con un sentido español, alejados prejuicios de escuelas y direcciones de matices extranjeros, y noblemente se acerque a ella.

Van pasando las nubes y los días del año conmemorativo. Los Gobiernos Oficiales con una tozudez conmovedora se empeñan en confundir estas fechas literarias con la organización de una verbena o kermesse y así las engalanan con banderitas, invitación a valsos de colgaduras y rondas de sellos más o menos afortunados de línea y colorido. Al mismo tiempo—y aunque lejana—sienten el peso de algo que ni siquiera llegan a advertir que es una responsabilidad y entonces atropelladamente tiran el dinero con la inoportunidad y el azoramiento con que una zafia criada de mesón vuelca la fuente colmada de lentejas con humo y cebolla. Menos mal que existen iniciativas particulares—las mejores—guiadas de un amor hacia la literatura y de un afecto respetuoso a la figura de Lope de Vega.

Pero queda en mí, después de tanto artículo y ensayo, representación y conferencia, el escozor de una duda. ¿Cuando pasen estos tiempos, al Poeta, a ese hombre que entre unos y otros hemos traído de sus soledades, le dejaremos marchar otra vez a ellas?

Por eso, nada más que por eso, yo intento remover las aguas del olvido y del recuerdo.

ANDRÉS OCHANDO

# 3 SONETOS

## VOCES

Voz azul de un grumete enamorado...,  
de lastimada flauta miel distante.

Voz de alondra, infinita, delirante,  
de esbelto yunque en solfas desatado.

Voz, de naranja derramada, errante,  
de almo coro en espumas sustentado...,  
eólica voz, de un cielo destilado,  
de sorprendida, intacta, consonante.

Por el aire extasiado, mensajeras,  
sobre mi frente, en giros de colores,  
y gozo de ala, luz, espacio y músculo.

¡En urgencia fatal de primaveras!,  
de tarde que, elevada a ruiseñores,  
cuelga su esquíla de agua en el crepúsculo.

## IMPETU AL ROJO

Impetu al rojo y sombras musculadas  
tú, vertical, nimbado de poleas,  
donde reviven grúas fosilizadas  
y olas de blusas rompen sus mareas.

Donde en yunques de miel fluyen timbradas  
fusas de raudo albín, ígneas corcheas,  
y están rumiando añiles las tumbadas  
jirafas de las altas chimeneas.

Alas de sangre y pólvora en los hombros...,  
fontanero del chorro de tu frente,  
ya hervida fumarola el turbio aliento...

¡Por toboganes súbitos de escombros!  
Arcángel de una pala refulgente,  
la gran sirena de tu pecho al viento.

## EXPRESO

En largo acordeón, de sombra, ardiendo,  
tromba de escaparates seguidores,  
a cien rayos la hora persiguiendo  
fugas de pueblos, árboles y alcores.

Por la epilepsia forestal, mugiendo,  
a los férreos rebaños invasores,  
corneando el confín y en dos partiendo  
la burla de los vientos lidiadores.

Puentes de turbia lengua y revoladas  
cales, huyendo, tras las estaciones  
telegráficamente trasplantadas.

En una expectación de lejanías...,  
cuando pulsa, entre raudas ovaciones,  
su pase de la muerte el guardavías.

JOSÉ MARÍA MORÓN

## ADRIANO DEL VALLE

La 8.102 locomotora  
aguarda en los andenes de tu frente  
para encender su rojo más potente  
en los blancos jazmines de la Aurora.

El alto mar de Huelva se colora  
de un fresco guinda muy remotamente,  
y en las conchas lejanas del Poniente  
San Cristóbal te da sombra sonora.

Los templados celestes bajo el grito  
que dibuja en el aire gratuito  
la calandria infantil de tu quimera.

Y en el chinero rosa del paisaje  
una sombrilla inclina el tonelaje  
que marca tu portátil Primavera.

JUAN SIERRA

DE MI «DIARIO» DE HACE AÑOS

# PUERTO DE ESTIO

( 9 mañana )

1

El puerto viene a nosotros  
vestido de enhorabuenas.  
Con sus abrazos de pólvora,  
su festival de banderas.  
El verano se derrama  
por todas las carreteras.  
¡Y hoy ha llegado la escuadra  
inglesa!...

El puerto nos cuenta todo  
por boca de sus sirenas.  
Han venido barcos de  
todas partes de la tierra.  
La bahía carga los  
colores en su paleta...  
Y en cincuenta mil ventanas  
cincuenta mil buenas nuevas...  
¡La mañana se convierte  
en una pleamar de anécdotas!...  
¡Veladas velas en vilo!  
¡Marino mar de mareas!  
¡Motores de las motoras  
que cortan como tijeras!...

\*

Vámonos pronto a la playa  
—mi novia, mi amiga buena—  
que quiero verte desnuda  
lejos de la luz eléctrica...

( 6 tarde )

2

Han echado pie a tierra  
todos los marineros.  
Franceses, irlandeses,  
alemanes, suecos...  
Guirnalda de hidroaviones  
engalanan el cielo.  
Han echado pie a tierra  
todos los marineros.  
La gasolina pone  
su traje gris al cielo.  
Los meridianos rompen  
su jaula y queda el viento  
libre, como la espuma...

Nadadoras triunfantes  
se cuelgan de las nubes.

Periódicos nuevos  
cantan la hora de ahora  
para los torpederos.  
¡Hidroaviones de plata!  
¡Marineros de hierro!  
(Ya llegan los balandros  
barnizados de éxitos).

\*

Han echado pie a tierra  
todos los marineros.  
Franceses, irlandeses,  
alemanes, suecos...

( 12 noche )

3

Verbena de la bahía  
en la noche averbenada.  
Los acorazados, duermen  
y los guardacostas callan.  
Los almacenes, repletos  
de latitudes geográficas.  
Las calderas, descansando  
y las grúas, descansadas.  
Los muelles hacen que sueñan  
con lunas de Asia y de Africa.  
¡Un minuto de silencio  
por cada cien toneladas!  
Las calles del puerto hierven  
de pianolas y guitarras.  
Nueva York, Londres, Marsella  
—flor y nata de los mapas—.  
Abecedario de climas  
Julepe de las palabras.  
Los gramófonos se cuentan  
sus penas, por las ventanas.  
...Y los music-halls baratos  
tendidos de blusas blancas...  
\*  
¡Ven a mi hotel ahora mismo  
—novia mía, amiga buena—.  
Quiero tenerte desnuda  
cerca de la luz eléctrica...!!

ANTONIO DE OBREGÓN

# 4 recuerdos de Lope

## DOLOR Y MUERTE

1—Entre la escenografía anervada de un viejo apunte histórico perdura la escena que algún mal poeta recogió en redes de romancillo.

Corre el Manzanares y se alza Madrid «castillo famoso». Buenos tiempos de motines políticos y de silvas poéticas entre dedicatorias ambiciosas. El Corral de la Pacheca y la corte de los Milagros como imán de tunos e hidalgos de bolsa menguada. Es ahora cuando

Reina el Rey don Felipe  
y manda el duque de Lerma.

Vuela un rumor de aguas populares en marejada forzosa. Brisas que bullen por galerías secretas y por escondrijos palaciegos. Pero todo esto es fuera de nuestra escena restringida, donde sólo cabe recordar una antigua taberna, una mesa y cinco hombres. Y es inútil que tratemos de identificarlos, porque ya los años trenzados en siglos los ocultan a nuestros ojos. Ha de ser este poeta anónimo que nosotros descubrimos, quien nos traiga con la gracia soterrada de su verso los nombres apetecidos, en medio de una hilera grave de estrofas:

Juntos se ven esta noche  
cinco ingenios de la época:  
don Francisco de Quevedo,  
Góngora y su consecuencia,  
el doctor tú te lo pones,  
Lope y Cervantes Saavedra.

Ahora estarán las proas españolas, en marcha de temerarias travesías mar adelante, haciendo camino oceánico; pero en este rincón apartado de Madrid, suelen dar un «bon vino» estimado desde los días del maestro Berceo. Y hay una tabernera socarrona que sabe ahogar en sonrisas el rubor de alguna palabra atrevida. El «ande yo caliente» es fórmula obligada de buen vivir también en los tiempos heroicos.

Pero basta con lo dicho. Gran año de ingenios en el solar español. Góngora, Cervantes, Tirso... Y un sevillano—Mateo Alemán—hombre de prosa cansina, partícipe con Cervantes de penalidades carcelarias. Y sobre todos un tal Lope, Lopillo, de nombre Lope Félix de Vega y Carpio, de quien hablan mucho. Bien y mal. Mal por fuerte decir de boca gongorina. Caen sobre él, enredos de amores y escándalos de amoríos entre recios vendavales de rivalidades literarias. Porque este mozo, que ya a los doce años corregía pedantuelo una comedia, ha venido a nacer «pared por medio de donde Carlos V puso la soberbia de Francia entre paredes».

2—Siguen los años y sigue la leyenda. 1616. Un hechizo lírico hecho donaire popular retoza en los jardines cortesanos. Un hechizo lírico y una voz de seda que dice versos en un torneo pastoril. Aquí está Lope de Vega—frey Lope de Vega, ya—, envuelto en la gravedad de su manteo. (Un nuevo título: El demonio metido a fraile. Un nuevo título que Lope no vió). Todo lo ambicionado se ha rendido a su pie galante; pero a él lo va rindiendo también el peso de los años, que ya son cincuenta y cuatro. Es ahora cuando empieza a entrever la necesidad de un ordenamiento; cuando empieza a tender la vista hacia atrás. A recordar. Naufrago entre sus recuerdos, decide acogerse, defenderse de sí, con su ordenamiento sacerdotal que de nada le sirve. Sólo los ojos—los ojos y la voz de seda—de Marta de Nevares bastan para hacerle olvidar su estado. Y también su hábito.

Por primera vez encuentra Lope una mujer de amplia inteligencia, y esta afinidad racional los une. Marta no sólo canta con voz de seda; lee, escribe versos. ¿Y hay algo mejor que una amante que os diga su amor con voz de música? Si lo hay, decidlo, porque yo no lo sé.

El amor vuelve a rodearle de bienestar. Junto a él, Lope Félix, Marcela, Feliciano y Clara—sus hijos—, le colman el ánimo de esperanza. La pluma corre ahora con más fuerza que nunca. Pero no es por mucho tiempo.

3—De pronto la luz se apaga en los ojos de Marta, que ha de enloquecer espantada para morir



cantando sin sentido. Dos años más tarde, Lope Félix cae hasta sumergirse sobre la planicie move-diza del océano. Esa misma inquietud del padre hacia el riesgo, ha hecho que Lope Félix se deje guiar por la estrella de la aventura, mar adentro. Sienta su nombre en los tercios de la Marina. Su nombre y no su espíritu, porque éste corre sin frenos de una a otra esquina de la rosa y el muchacho lleva en sí un latido de aventura. El mismo que le hace poner pie—grumete poético—en una expedición a las islas Margaritas. ¿Cabe mayor encanto de aventura? No cabe, no; por eso se deja llevar hacia la muerte bajo la brisa legendaria de las lonas veleras. Y no importa que muera en el naufragio sin haber hallado las perlas; ya las llevaba abrazadas de ilusión en el alma jubilosa. Lope llora rabioso esta angustia. Algo le va menguando la vida. Esponjado de tristezas, no ve la muerte que se le acerca; pero siente la de su hijo tan hondo, que ésta parece depositarse en ambos.

Se divide entre los dos la Muerte.

ha de decir cantando—llorando—mientras se quiebra la humanidad de su corazón. Mas ya es vano llorar, la voz se ha quedado atrancada en la garganta enronquecida y el pecho se abre de dolor, porque no es aquí donde terminan sus infortunios. Todavía tiene que dejar ir a su hija Marcela para cubrirse el rostro con paños monjiles. Feliciano se casa. Lope mira al redor. ¡Solo! Pero no del todo aún. Allí está Clara, hija de Marta, que ya murió también.

Temblándole tantas amarguras en el alma, el poeta reconcentra toda su capacidad afectiva en los diecisiete años de Clara. Todo el cariño de los demás hijos muertos o alejados, se reconcentra y derrama sobre la figura gentil de Clara, que él llama Clarisa. Melancólico, corta las flores de su jardín para prenderlas en el pecho de la hija única. La llama; pero no contesta. Una estrella ha hablado en el cielo dejando ráfagas de presentimientos. Lope corre desalentado. Aquí la alcoba. Todo revuelto. Un aroma intenso de esencias escapa de los frascos descubierto hacia la ventana cómplice. Se asoma a ella y cree verla aún volar hacia las manos amantes. La historia del padre se repite en los hijos para caer en la frente apesadumbrada. Nuevamente es inútil llorar. Ahora, los ojos han quedado secos de deslealtades.

4—Es entonces cuando oye por los surcos profundos de sus dolores la voz de la Muerte cercana, que le ha de llevar, remontándole la memoria, a encontrar las palabras del viejo Aristóteles:

—Es el drama terrible; con Ella termina todo.

Es la Muerte. Lope lo oye sin creerlo. Por la habitación vuelan sin alas sombras difusas. ¿Quién las mueve? Porque es la cosa que van de acá para allá, esquivando la mirada que acaba de hincarse en la almohada paciente. Pero ha sido sólo un instante. Al fin, todo el revuelo incansable de su vida va quedando poco a poco en reposo. Se va enfriando hasta llegar a extinguirse. Los que le rodean cierran los ojos y dejan correr las lágrimas. ¡Adiós!

Lope ha muerto. Lo que viene después ya no pertenece a Lope. Llantos. Tristezas. Mantos. Y elegías que se acumulan en montones. Fama póstuma. A la noche, vendrán—lágrimas y rezo—las plañideras. Luego—dicen—ocultóse la luna de madrugada. Esto, repito, ya no es de Lope. Adiós, adiós ya. No hay más que decir, porque ya Lope es muerto y sólo le resta pasar por las calles de Madrid para recoger el último adiós y el último sollozo que habrá de descolgarse por un ventanuco conventual. Adiós y sollozo de una hermana trinitaria que fué hija suya.

ANTONIO APARICIO ERRERE

## NANA DE INVIERNO

Ríos de Enero...  
de azul polar  
y de sirenas blancas.  
—Tocad vuestra  
médula de nieve,  
mientras Sus Majestades  
—los osos blancos—beben.

JUAN UGART

## P O E M A S

## HORIZONTE

¿Por qué queriendo azul beso la tierra seca  
y mi cabello se enreda en las estrellas  
cuando camino firme sobre el suelo?

¿Por qué si anhelo del mar  
sus aguas procelosas  
avanzan hasta mí las rocas vivas  
como duros fantasmas de corazón  
sin sangre?

¿Por qué cuando deseo del alba  
su tranquilidad violada  
llega a mí la oscuridad nocturna,  
sin estrellas ni luna  
como una procesión de luces apagadas?

¿Por qué en la paz serena de la noche  
cuando todo es silencio y dulce calma  
cuando luce la luna sus luces santuarias

hay un hondo zumbido, un rumor sordo  
que recorre la línea de mi alma  
y la convierte en lóbreguez sonora?

¿Por qué es contradicción todo en mí vida  
que quisiera morir cuando más vivo  
y soy vital impulso en mi agonía?

Porque soy—inconsciente—un equilibrio  
sobre la cuerda floja de mi alma

Soy el confín de mar y cielo—el horizonte—  
eterno navegante en dos azules,  
y mi leve embarcación  
en el choque de furias encontradas  
se lanza de agua en agua  
—guijarro en los abismos sin cobijo—  
juguete de las olas frías va pasando  
como el aire ha pasado  
por el confín de mar y cielo a lo invisible.

YA NADA COMPARABLE  
A LA AMARGURA

Ya nada comparable a la amargura  
de no ser acabado, ser perfecto  
de no llegar al gris del mar del alma  
a la calma profunda en lo insondable

Ya nada comparable a la amargura  
de ser llama de sombra en el camino  
o indeciso farol de la distancia  
y no saber que hay luces más perfectas

Ya nada comparable a la amargura  
de ingrave navegar sin rumbos fijos  
en aguas estancadas y sin vida  
donde no existen puertos que  
hasta el alma nos lleven

Ya nada comparable a la amargura  
de la voz no escuchada en el silencio  
del eco, en los abismos, sin origen  
sintiendo el dolor hondo del grito figurado

Ya nada comparable a la amargura  
del que anhelante clama en el vacío  
de sus sueños de espuma una verdad  
que es última grandeza del alma dolorida

Ya nada comparable a la amargura  
de hallar la realidad en el abstracto  
y reclinar la fe sobre un ensueño  
por ser ave ilusoria en el espacio

Y nada comparable al gozo pleno  
de quebrar ese ensueño irrealizado  
. . . . .  
para encontrar una verdad más bella.

EUGENIO MEDIANO FLORES

# TEOGONIA

*Ante mare et terras et quod  
tegít omnia caelum.*

Ovidio. *Metamorphoseon*, I.

## 1

Mucho antes de la tierra,  
del nombre de las cosas.  
Mucho antes de la acción y la palabra.

Mucho antes de la lucha  
del sol con las estrellas  
en el campo ensangrentado de la tarde.

Antes de que los mares  
se desposaran con la tierra  
y recibieran el beso de los aires.  
Antes de que el volcán  
sintiera hervir el fuego en sus entrañas  
y tiznara los siglos  
de recuerdos amargos.  
Antes de que los ríos  
extendieran sus brazos por los deltas.

Mucho antes de las fuentes,  
de las fieras y pájaros.  
Mucho antes de la luna  
y de la «aparición vespertina de la luna».

Caminabas llorando  
empapando las nubes, silenciosa,  
per el cielo sin luz y sin estrellas.

Te sostenían caminos invisibles,  
apagaban tu sed manantiales sin agua,  
árboles inexistentes ofrecían sus frutos  
en los bordes de rutas increadas.

No sabía tu nombre  
ni el nombre de las cosas que amo ahora  
porque las acaricia tu mirada.

Sabía que sin tí no habría mundo  
ni peces en los mares  
ni aves en los aires  
ni oro entre las nieves.

Nada.  
Sólo una voz, la tuya,  
danzando muda entre los astros.

## 2

Carecías de nombre,  
de forma, de figura.

Y, sin embargo, lo llenabas todo  
como el caos de Hesíodo  
como el fuego de Heráclito.

Sólo tú lo eras todo  
y eras nada.

Pero ahora que en el mundo  
los sonidos despiertan a los pájaros,  
la luz vence a la sombra,  
el nombre a lo nombrado.

Ahora seré yo quien te diré tu nombre  
y romperé tu escudo y quebraré tu lanza.

Te llamas lo posible  
y fuiste en un principio.

Mucho antes de la acción y la palabra.

JOSÉ FERRATER MORA

# Los ángeles en la pintura

1

Fray Angélico, el pintor de las tímideces, pintaba el cielo, entre oraciones florecidas, hincadas las rodillas para hacer mayor el mérito de sus rezos. Y oraban, así, a todo tiempo, su boca y sus pinceles. He aquí por qué, sin duda, los ángeles imitando la conducta de los que bajaron a labrar las tierras de San Isidro, guiaban las manos del ingenuo Juan de Fiésole, cuando pintaba figuras celestiales. Pero así como en el santo labrador, los ángeles, después de haberse servido de la yunta y el arado, volaban al cielo, en Fray Angélico se quedaban con él. Y se dejaban pintar por las fervorosas manos del frailecito tímido.

2

Es posible que los ángeles, después de acostumbrarse a surgir ante las tablas de Fray Angélico, gustosos de verse allí, quietos pero volátiles y transparentes cual mariposillas entretenidas en libar la esencia de los colores gratos, se aparecieran en el silencio de las tareas de otros artistas cuando pintaban fragmentos de cielo o soñadas deidades, para que hicieran con ellos lo mismo que en otros tiempos había hecho el candoroso fraile de Muguello.

3

Debía agradar a los ángeles la forma con que se les trataba en la devoción de las manos hábiles. Porque con la misma unción y cariño que los concibiera el frailecito Juan, los copió la íntima delicadeza de Filippo Lippi. Los ángeles debieron ir a cuchichear en los oídos de este pintor florentino, los arcanos secretos, las mágicas fórmulas para que los ángeles quedaran en las tablas con la única integridad de su pureza artística. Hasta llegar a Fray Angélico, nadie había dado con el secreto de los ángeles. Y a estos personajes celestiales, gustó, claro es, ese mérito de verse íntegramente duplicados y perfectamente semejantes. Indiscutible ventaja de estos pintores servidos en la dulce escuela florentina. Así también, una mañana, pasaron las paredes del estudio de Alejandro Boticelli. Boticelli, que había pintado desnudos, se asustó al oír el rumor de vuelos inconcretos y el bisbiseo monjil de unas bocas perfumadas y ocultas. Plumas invisibles arribaban a los cuadros de otro florentino. El exquisito autor de «La Primavera» había dicho que Fray Angélico tuvo ángeles entre las manos, candorosamente, igual que si hubiera tenido mansos pájaros tibios. Y que a Lippi, el sutil, le contaron secretos al oído cuando pintaba a la Virgen con el Niño. Fueron huéspedes inspiradores de Boticelli, mientras pintó «La Anunciación» y «La Natividad». Inesperados ángeles, le resultaron en los lienzos. De formas apretadas; diríamos que sin carne. Todo alas, todo color.

4

A Guido Reni, se le aparecieron ángeles de dos naturalezas diferentes. Un gran ángel, guerrero, temible, vencedor de furias infernales. El mismo que surgió ante Rafael Sanzio, lleno de reflejos metálicos en la cota y espada. En los claros misterios del Cielo se guarda una legión de ángeles espadados, musculosos, con alas sombreadas en el fragor de ignoradas batallas, cuyos ángeles no podían surgir ante la menguada y tímida presencia del fraile de Muguello, para llevar sus manos cuando pintaba Vírgenes, ni a cuchichear a los oídos de Lippi, ni quedarse extasiados ante la exqui-

sítez de Boticelli. Guido Reni, vió, pues, dos clases de ángeles: aquel temible San Miguel que pisoteó las vencidas carnes de Satanás y un coro de ángeles músicos y cantores que rodeó su lienzo de la «Asunción».

5

A Melozzo da Forli, una mañana de aire, le vino un ángel entre las ráfagas, transparente, ángel de anunciación, precisamente cuando no encontraba modelo que le sirviera para llevarle a la Virgen, la flor de la pureza perenne. Marco Melozzo, tenía especial cuidado para pintar los rostros. Toda la maravilla de sus pinceles, iba encaminada hacia las caras. Pero cometió el pecado de no hacer muy bella la cara del ángel que le sirvió de portador de la flor pura... Quizá porque el ángel llevara justificadas prisas. El ropaje se agita en las piernas del ángel con el mismo figurado ímpetu al de la derrotada Victoria, de Samotracia.

6

Para ver los ángeles de Juan de Fiésolo, de Filippo Lippi, de Boticelli, hemos de ir, precisamente con los pies de puntillas, sin hacer ruido, a fin de que no vuelen, asustados de nuestra presencia. Ante ellos, nos asalta la sospecha de que, si gritáramos una palabra ofensiva a Dios o al Arte, los ángeles se irían cual bandada de palomas asustadas por un disparo. En cambio, los ángeles de Tiziano, ¡no vuelan! a pesar de ser mucho más alegres, más infantiles, con otra clase de luz consoladora al espíritu que los contempla puesto que hablan de una gloria terrena, hasta carnal. Son ángeles de la tierra, hechos en la tierra, que no han bajado del cielo.

7

¡Ayl! ¿Es qué íbamos a olvidar los escuálidos ángeles del Greco? ¡Los ángeles de la visión del atormentado Felipe III! ¡Qué clase de ángeles! No fueron tímidos como los del fraile de Fiésolo y de Filippo Lippi. Ni de grata compañía tal que los de Boticelli. Ni risueños como los de Tiziano. Los ángeles del Greco, fueron ángeles de Juicio Final. Llenos de fiebre. Silenciosos. Abridores de tumbas. Levantadores de cadáveres. Arremangados obreros destinados al arduo quehacer de resucitar la carne.

8

Conozco la reproducción de un magnífico lienzo de Claude. En dicho lienzo no se da importancia a un hermoso y diminuto ángel. Un ángel de la guarda que figura como un motivo más del gran paisaje; igual que un árbol, que un río, que un lejano puente, que un remoto castillo, que unas perdidas montañas en su azul y en el del cielo. En primeros términos el diminuto ángel, una más diminuta niña sentada sobre un tronco, una gran orilla fresca y un enorme árbol frondoso a lo Wateau. Sólo un ángel insignificante, y sin embargo, no sé por qué misterio, parece que el paisaje está lleno de aladas presencias. El ángel, dice a la niña que no se acerque a las aguas del río, pues son hondas y traidoras aun a guisa de ser azules y quietas. El secreto de antojársenos todo el cuadro poseído de ángeles tutelares, está en que el río tiene la tentación de atraernos a su frígido seno. E iríamos a él, decididos, de no tener delante ese pequeño gran ángel de la guarda.

9

Miguel Angel, el único prohombre que nos ha acercado al Juicio Final, pintó muchos ángeles. Pero ningunos fueron tan ángeles como los que pintó en el lienzo denominado «La Virgen, el niño Jesús y San Juan». Precisamente, porque los pintó sin alas. Contrariamente a los de Tiziano, éstos, sin ellas, podrían volar si quisieran.

ANTONIO CANO

i s l a

# DOS POEMAS

## BALADA DE OTOÑO

Había brazos de árboles y tenue espuma de nubes,  
jabón azul, restregado por el viento sobre el agua,  
un reflejo, que sería realidad en la tarde:

(EL ALMANAQUE ANUNCIABA COMO UN ORÁCULO: LLUVIA)

Frutos de sombra, pendían de las ramas del ocaso;  
ramas de cerezo rojas de sangre y savia de otoño,  
cada canción, recortaba  
una quebrada imprecisa en la mirada del cielo.

Doblando ciegos minutos, abrían amplias ventanas  
por las que entraba el futuro violento e insensible,  
como un viento distraído  
que equivocase una ruta  
y atolondrado aturdía  
con ímpetu el corazón su bordoneo más ágil.

Tarde de todas las tardes. El reloj—plano y ausencia—,  
se miraba en el deseo,  
rizaba rosas y sedas sobre temblores azules  
que mostraban repentinos cristales limpios de luz.

Avanzaba el ritmo claro de alguna fuente lejana  
que pasaba acompañado de polvo y hojas ya secas.

(EL ALMANAQUE ANUNCIABA COMO UN ORÁCULO: LLUVIA)

## ROMANCE DEL BUEN AYER

En fuga línea ligera,  
como se escapa el detalle,  
planos superpuestos, fingen  
pasadas realidades.

La voz, es tan sólo eco,  
no se descifran las frases,  
trazos de humo bien batido  
en la ruleta del aire;  
aire pasado, fué gozo,  
hoy sólo es aroma ingrave.

Múltiple momento, aturde  
en sí la memoria; nadie  
podrá encontra una ruta  
en la red inexpresable;  
cada camino, será  
curva cerrada y constante.

Ojos de color de ausencia;  
qué dominio de espirales  
al pasado; voz pulida  
hundida en un muerto instante.

Cada risa, es todo un plano  
que define claridades,  
máscaras de bienvenida  
enturbien gestos de avance.

¡Cómo refleja el espejo  
un futuro que se esparce  
en el color del anhelo  
tibio de fe y de carácter.!

Así llegará la sombra  
que jamás ha de encontrarse  
y que ha de existir tan sólo  
en el pliegue de un instante.

JUAN LACOMBA

# HORIZONTES

## 1

El sol, va abriendo el abanico del día. Todo cruje ardiendo de vida. La llanura de verde, toma forma y color en el lienzo luminoso del amanecer. Y los carros, borrachos de hoyos, acompañan de castañuelas la canción larga, perezosa de sol, que pierde contornos en el azul lejano. El cielo pálido, se quema de luz.

Sobre la colina adolescente, seca de tierra, la brisa inicia la armonía de un coro de pinos, que rezan y cantan, cerca y lejos, al compás majestuoso de su mismo movimiento. Un poco más allá, estoy solo. Una higuera fecunda, me abraza en su sombra negra y blanda. Mis hojos no miran, se bañan en el azul, en los horizontes.

En un lugar oculto, vuelan flexibles y lentas del palomar de las horas, doce palomas de sol. Vuelan a lo lejos, posan una a una su desliz sonoro. Y en este momento de vida, de fuego, de luz, palpita la lejanía en el mar con el encanto de una sirena.

Bajo el meficio del horizonte lejano, me arden las sienes. Quisiera diluirme en el aire, que me llene, que corra mis venas con la densidad de su silencio oloroso. Alcanzar el azul distante. Estar muerto para poseer la tierra.

## 2

Estoy solo, huído. Me busco y estoy en las lejanías. Huyo de las gentes, de la amistad falsa del amor... Como yo os deseo, también estáis en los horizontes. Y por eso, por huir y por buscaros, camino loco, labrando el polvo con mis pasos recios. Buscarme yo, buscarte a ti, buscaros a todos. Os busco huyéndoos porque os quiero, porque mi alma quiere vuestra alma, porque mis sentidos odian en vosotros, lo que de ella me separa. Por eso ando ardiendo los ojos en las distancias. Pero las distancias, la lejanía, el horizonte, son esquivos, se alargan, se burlan de mi espíritu dolorido.

## 3

Mi paso cansino. Mis ojos, muertos de sol, ven enfriarse la hoguera del día. Hundido el cuerpo en desánimo. He caminado siempre, y siempre lejano, lejano. He querido hundir los horizontes en mi pecho, y los horizontes... se pierden en una sonrisa pálida de atardecer. Estoy solo, solo de ilusiones, mientras la noche pura, en silencio quebradizo, tan sólo se adorna en música de grillos.

ARTURO ZABALA

# P O E M A S

## DE LA VIDA

Sin sentido tengo el beso;  
sin alma el paisaje,  
sin dolor la historia,  
sin mirada el cielo...  
La voz sin acento verde,  
el yo sin teatro y sin vuelo;  
mis ojos sin arcoiris  
y este pensar sin luceros...  
¡La eternidad se ha borrado!  
¡Piedad!  
Que no encuentro el tiempo.  
¡Necesito donde asirme!  
Sitio:  
¡Sitio para que mi espíritu  
pueda soñar su alto sueño  
y la ancha pista del cielo  
para que baile mi cuerpo!  
¡Quiero volver a la angustia  
de Dios, y sentir un mundo!  
¡Ahuyentar pronto este instante!  
¡Vivir!  
¡Que vuelva lo eterno!

## DE LA MUERTE

De músicas, de rezos  
y del mirar de almendras de Narciso,  
desvestido.  
Paisajes, crepúsculos y mares  
con Dios dentro;  
innominados cuerpos de doncellas  
e instintos del misterio,  
quiero decir: no ansío.  
Angustias, cielos, dioses  
conmigo en las entrañas...  
Dionysos, besos, ritmos...  
quiero sentir no ánimo.  
¡Qué conciencias de auroras!  
¡Qué vida sin vivencias de tragedia!  
¡Qué gloria de virtudes y de sedas  
ha de ser desearte...!  
¡Muerte!  
En ti he de ver a Dios...  
¿Qué más hechizo...?

ANTONIO MILLA RUIZ

# Nuestras vidas son los ríos...

## 1

Un buen día un escritor, un poeta, echa a rodar por el mundo una metáfora ágil y afortunada. Para expresar plásticamente, vivamente, una inquietud, un sentimiento de su alma, alguna verdad que le preocupa y hostiga, se vale de una cosa material, de algo que sus ojos contemplan, de cualquier elemento que la Naturaleza le pone a mano: una rosa, un río, una hoja de árbol, un crepúsculo... Ya está esculpida sensiblemente la idea. Ya está cuajada brillantemente la metáfora. Pero entonces suele ocurrir que la cosa, el elemento material utilizado—la rosa, el río, la hoja, el crepúsculo—se carga de sentido grave, moral o filosófico, se impregna de austera trascendencia. Y ya desde entonces, su limpia, pura, desinteresada belleza, su sola verdad de belleza, se nos ofrece como turbia y empalidecida, como bastardeada y envuelta en falsas luces. No importa que otros escritores o poetas acuñen metáforas más nuevas, más atrevidas. Aunque desplacen a la vieja y gastada metáfora del orbe literario propiamente dicho, quedará vivo el recuerdo de ésta en el lenguaje vulgar. O seguirá siendo utilizada, como bello adorno y útil herramienta, por predicadores y moralistas, que se aprovechan del material metafórico propicio, para grabar de un modo gráfico y animado en lectores y oyentes las verdades que les pretenden inculcar; para apoyar en ellas, como en asequibles y claros hitos, sus secos y abstractos razonamientos.

## 2

Pensábamos lo anterior mientras leíamos en fecha próxima el discurso de recepción en la Academia Española de Ramiro de Maeztu sobre *La brevedad de la vida en nuestra poesía lírica*. Para expresar con viveza esa idea, los poetas han complicado a la Naturaleza con reiterada y monótona machaconería. La vida es breve, fugaz. La vida se marchita rápidamente, como rocío de los prados, como verdura de las eras, como efímera rosa, como agostizo heno... La vida pasa, se deshace en un soplo, como leve sombra, como liviana navicilla entregada a las olas... La vida fluye vertiginosamente hacia su fin, como los ríos caminan en veloz carrera hacia el mar...

Muchas joyas literarias se han fraguado con tales leves elementos tomados de la Naturaleza. Sobre todo en España, el país donde más se ha

repetido y glosado la idea de la brevedad de la vida. Donde—asegura Maeztu—esta idea ha inspirado las mejores composiciones. Pero a costa de ello, cuántas ondas de tristeza, de pegadiza melancolía han empañado los puros encantos de la Naturaleza; cuántas hoscas sombras han caído sobre el paisaje: sobre árboles, flores, nubes, gracia de aguas, serenidad de ocasos...

Muchas flores líricas, sí. Pero a costa de cuántas flores naturales deshojadas antes de nacer, ajadas en su gloriosa madurez. A costa de cuántas bellezas metamorfoseadas en graves y patéticas lecciones de moral, de ascetismo, de amarga filosofía. De cuántas nieblas de pesimismo que ahogan y no nos dejan saborear con límpida emoción, la pura, la desinteresada fruición estética del paisaje.

## 3

Pero de todos cuantos poetas españoles han ensombrecido a la Naturaleza con alguna feliz metáfora, acaso ninguno lo haya hecho con mayor intensidad que Jorge Manrique. Que el Jorge Manrique de:

Nuestras vidas son los ríos  
Que van a dar en la mar  
Que es el morir...

Cierto que Manrique no creó ésta—como tampoco las otras metáforas de menor repercusión utilizadas en sus famosas *Coplas*—, de raíces antiquísimas. Que no hizo sino recoger una imagen ya vulgar a fuerza de ser usada, que rodaba diariamente por libros, sermones, el teatro. Pero también es cierto que él fué quien le dió superior rango artístico, acendrándola de vulgaridad; quien le restituyó su fuerza y brillo primigenios; quien, al arrancarla del dominio común, donde corría como cosa mostrenca, la recreó, la volvió a crear en fórmula de suprema perfección; quien, en suma, le dió verdadera vigencia para circular, nítida y fresca, por todos los siglos.

«No ha habido—escribe Maeztu—poeta de mayor influencia sobre sus colegas. A partir de las coplas, no hay vate español que, al cruzarse en su camino con el tema del gran rasero de la muerte, no lo sienta vibrar en la caja de resonancia de su religión, sus recuerdos literarios, su propia vida y la historia de su patria». Pero puede añadirse que la cuerda que más ha resonado en el alma de los poetas, que más han pulsado éstos, ha sido esa cuerda grave, reposada, sonora, de la gran metá-



fora manriqueña, pulsando con ella toda esa congojosa idea de la efimeridad de la vida. Que al ir vibrando ésta en sus almas, es cuando ha ido vibrando también, más intensamente, como un vivo eco, como una resonancia inseparable, todo el sentido de fugacidad, de cosa siempre en tránsito hacia su fin y acabamiento, que tienen todos los bienes y bellezas del mundo.

«Nuestras vidas son los ríos»... Y al decir esto, no son sólo los ríos los que—símbolos de nuestra vida—caminan en rápido giro hacia la muerte, sino es todo lo que nuestros ojos contemplan; son todas esas bellezas que despliegan con vana ufanía sus líneas, sus colores, sus aromas, en un oferente rendimiento a los sentidos.

Por eso decimos que ningún poeta español, acaso, ha ensombrecido tanto a la Naturaleza como Jorge Manrique. Por el oro purísimo en que supo esculpir su gran metáfora—al esculpir en purísimo oro sus *Coplas*—, y por la honda influencia que—por ello—ha tenido entre los poetas de todos los siglos posteriores.

## 4

Maeztu no recoge esta influencia en los poetas españoles que aun viven. En ellos persiste igualmente el recuerdo de la célebre metáfora. Con la particularidad de que la idea de la caducidad humana ha seguido sirviendo de inspiración a nuestra moderna lírica, más que por la atracción directa del tema, por la atracción y el fulgor de esa metáfora en que el gran poeta palentino supo resumir todo su profundo contenido.

Fácil es aportar múltiples ejemplos. Antonio Machado exclama:

*Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar a la mar  
que es el morir. ¡Gran cantar!*

Entre los poetas míos  
tiene Manrique un altar.

Y en otro poema intercala este verso:

Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera.

Unamuno por su parte nos dice:

...La vida es un morir continuo,  
es como el río...

Y en otro lugar comenta: «¿Hay algo que mejor simbolice la vida de un hombre que la de un río, desde que brotando de una fuente entre montañas va a morir en otro río o en el mar?» Y asimismo se encuentran glosas y recuerdos de la metáfora de Manrique, en Valle Inclán, en Pérez de Ayala, en el mismo Juan Ramón Jiménez, afortunado renovador de la imagen poética. Precisamente en un reciente estudio sobre el insigne poeta de Moguer, recuerda

Juan Chabás esta frase de *Platero y yo*, al hablar-nos su autor de la niña chica, amiga del burrillo, que murió llamándolo en su delirio: «en su cuna alba, río abajo, hacia la muerte», y añade: «Esta metáfora que nos invita a considerar la vida como un río que va descendiendo su caudal hasta anegarse en el mar, nos trae el recuerdo de otra elegía que con frecuencia puede ser evocada leyendo *Platero y yo*, por la tristeza resignada, el «dolorido sentir» de ambas».

Pero no es extraño la continuada memoria de la metáfora manriqueña en los poetas y escritores del 98 o inmediatamente posteriores, aun transidos de honda melancolía. Lo curioso es que hasta en algún que otro poeta de las últimas promociones, claras, dinámicas, llenas de ímpetu de vida, persista—¡gran prestigio, inacabable influencia de Jorge Manrique—el eco de su feliz metáfora. Como—por ejemplo—en Altolaguirre, aunque ahora sea modificando ésta:

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar al espejo  
sin porvenir de la muerte.

O en Moreno Villa, quien en uno de sus primeros libros tiene esta breve alusión:

...Pasa el río—la vida—...

Sin embargo, esto no es lo corriente. Ya que la nueva poesía, a la que estaba reservada la reivindicación del puro placer estético del paisaje, ha tenido, tiene, buen cuidado de construir sus imágenes limpiamente, sin complicar a la Naturaleza. De montar sus metáforas con materiales también puros y nada comprometedores ni peligrosos. Sin enlazar mediante ellas la Naturaleza a sus íntimas preocupaciones, a sus júbilos o dolores. Utilizando—cómo no—los mismos elementos de antes. Pero sin que por ello la rosa, el árbol, el río, el crepúsculo, pierdan su prístina virginidad, indiferentes al estado de alma de quien los contempla o los canta.

Adiós ya el mar imagen de la muerte, el río imagen de nuestra efímera vida. Adiós ya los graves, filosóficos ríos de Jorge Manrique, que pasaban por nuestro lado con su adusto rumor de aviso o de consejo. El poeta seguirá con sus hondas inquietudes, con su dolor o su alegría. Pero sus mares sólo murmurarán ya su espléndida hermosura. Pero sus ríos, páginas antes abrumadas de grave caligrafía, no llevarán ya entre sus ondas, en sus entrañas de cristal, otra cosa que su pura lección de belleza. Otra cosa que su viva eternidad de belleza en la eterna belleza de cada instante.

P. PÉREZ CLOTET

## «RECTÁNGULOS»

Poeta—como decía Nietzsche—hasta los más lejanos límites de este vocablo—sorpresa de milagro y sin antecedentes de desvaía—, Vicente Carrasco nos ofrece el acierto de su verso puro y espontáneo, en este frutativo volumen de *Rectángulos*, aparecido bajo los auspicios de ISLA, almo de forma y de contenido cristalino. Poesía pictórica—que no pintoresca—es la que realiza este poeta de solera andaluza, en esta su primera obra consagratória, guión y guía con la que señala prestigios definitivos. Apartado de todo encasillamiento, influencias bien tamizadas informan en beneficio del poeta. Clásico y moderno, fija en la poesía actual una nueva etapa, coronándose de laureles en esta primera andanza peregrina, que le autoriza a cabalgar sobre el ruedo ibérico, en el «Caballo verde», sustitutivo de Pegaso. Como obra primigenia, es de una evidente valoración. En *Rectángulos*, cristaliza el ímpetu sereno de un gran temperamento poético. No será nuevo el tema en que «fija, limpia y da esplendor» a sus emociones, pero es nuevo y diferente el acorde de su octasílabo juguetón, cabriolero—garboso sin gitanería—, perfilado por líneas sustanciales y dominio del verbo.

## «SIETE CAMPANAS»

Después de un largo cuarto de siglo de gestaciones poéticas esparcidas al aire de rutas imprecisas, el poeta Pablo Minelli-González se ha determinado a coadunar—en una antología—sus modernas y antiguas composiciones líricas. Con sus *Siete campanas* («Colección ISLA») Minelli se incorpora, reincorporándose, a la contemporaneidad de los buenos escritores madrileños, con saludable renacimiento literario. Con la publicación de este libro, el ya célebre creador de *Mujeres Flacas*, ha querido brindarnos con esta compilación de sus versos insensentes, una nueva ejemplaridad de su inagotable expresión poética. Minelli-González—coincidiendo algunas veces con Antonio Machado—, piensa que la poesía lírica se engendra siempre en la zona central del alma, que es la del sentimiento. Corazón y médula son—en efecto—las dos fuerzas que equilibran el sentido y el sentir del poeta. Es así como junto a la exquisita frivolidad de un juego de palabras, la finura de un madrigal, la travesía intención de un pequeño poema, logra—en todo instante—salir airoso la espiritualidad de este poeta derrotista.

## «CANCIONES SOBRE EL RECUERDO»

Juan Lacomba, escritor de antecedentes literarios sostenidos, en esta nueva ocasión en que se asoma al mirador de la poesía, ha sabido—como buen cantante—empostar «su voz en el tiempo». Con el ánimo despierto, capacitado por sensibilidades interiores—pese al sentido abstracto de expresión abediente a la escuela de Guillén—, esta nueva colección de poemas (incorporados también a la de ISLA) acusan en el autor de *Carácter*, un resurgimiento espiritual estimable. Inicia su cancionero pidiendo claridad para las rutas más amplias. Con el color de la palabra—no con palabras de colores—Lacomba ha conseguido adumbrar los contornos en sombra de fábricas y de paisajes. Por cantos y recantos, ha ido realizando—con pintura verbalista—sus cuadros de visión prevista o imprevista. La circulación que riega las arterias de sus ríos líricos ha encauzado su objetiva inspiración, al tiempo que—como indica el sensorismo de Juan Ramón Jiménez—el recuerdo vaya por su memoria larga saliendo a la superficie, echando a correr por esas villas y castillas, ofrendándonos la gracia alada de su música, el encantamiento de una imagen o la sutil irrisación de una luz reverberante o nebulosa, conforme al estado que dispone o predispone su sensibilidad interior. En su itinerario por Andalucía, las aportaciones de Lacomba, nada añaden a lo ya dicho por García Lorca, Machado y Vicente Carrasco. Con la gracia flexible que singularizan los poemas de *La amada*, de Alberti, vividos a través del tiempo y la distancia—Lacomba, a su paso por Burgos, entrega al viento de la tarde una delicada cancioncilla. En el «Romance del Castillo de la Mota», enclava su más fuerte expresión lírica, aun cuando acuse inconfundibles rastros de las sugerencias que han hincado en su espíritu, los épicos acentos viriles de Antonio Machado. Sin embargo, con este

último exponente poético, Juan Lacomba nos demuestra que la meditación se acentúa, logrando buscar un camino de perfección que modifique y varíe sus rumbos anteriores.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

## MARRUECOS EN LA LITERATURA

Una ventana de verdad interesante para las letras españolas es la de lo popular en Marruecos, por donde hasta ahora nadie se había asomado. La primera mirada por ella la echa al viento del éxito Tomás García Figueras, con su libro *Cuentos de Yehá*, ilustrado con treinta y seis maderas y tres litografías de Miciano. Los dos son jerezanos, y por jerezanos, andaluces de veras, ¿qué de extrañar, entonces, su perspicacia en captar sobresalientemente los ángulos de la raza árabe?

Había en la labor española mucho que hacer efectivamente cerca de los hermanos del otro continente. No sólo era de protectorado, era de conocimiento, para encontrar los resortes donde estaban los puntos equivocados, y marcar, enseñar, demostrar lo falso, haciendo posible la meridiana claridad que llevase hasta su convencimiento, no un afán de superioridad en la mano orientadora, sino un anhelo de paridad en el pensamiento, camino de la verdad.

Para este convencimiento ya se sabe que no existe otra gran trayectoria que lo popular. Y Marruecos es una mina sin explotar en tal aspecto. Su folklore encierra policromías maravillosas, con combinaciones que ocultan la capacidad suficiente para producir asombros. Todo cuanto se haga por conocer, entonces, podrá señalarse como amor de España hacia Marruecos.

Y estos cuentos recogidos, ordenado y publicados por Tomás García Figueras, traen eso precisamente, un gran amor, por lo que quiere decir que el voluminoso libro, presentado con gusto, cumple exactamente el cometido que pretendió su autor: llevarnos un poco hacia dentro de aquel país enigmático y lento, perezoso y obscuro.

\*\*\*

El personaje Yehá, originario de Turquía, es rumor folklórico del lrico Mediterráneo. En Turquía se le conoce con los nombres de Hoyá o Joyá. En Egipto como Gohá y como el Chej Nasareddin Yehá er Rumi. En el Magreb es Sí Yohá o Sí Yehá. En Sicilia, es Guifá. En Toscana, Cuchá... Llegaba hasta Italia, donde se le nombra: Giuccà, Giuvali...

\*\*\*

Los dichos y hechos y cuentecillos son innumerables. Tomás García Figueras, el autor que ha sabido ordenarlos y escogerlos, merece plácemes extraordinarios por el acierto no en figurarlos todos, sino por haber hecho desaparecer los que encierran prosa desconcertante o desenfocada, dejando los exactos y determinativos, los que son capaces de hacernos llegar hasta los escondites irónicos y psíquicos de la raza.

Han quedado en el volumen, pues, recogidos sólo 461.

De ellos se encuadra todo «el mundo de Yehá».

La risa brota espontánea y se ajusta con la atención permanentemente en su lectura, y en conjunto ella es la de una amenidad alta y segura. El autor ha juntado los cuentecillos de Yehá referentes a su padre, y a sus esposas y a sus hijos. Después han puesto a Yehá frente al Sultán, con el Bajá, y con el Cadi. En otro capítulo Yehá y sus amigos marcan perfiles interesantísimos, con los judíos y los ladrones. También el de Yehá y su burro merece mención.

Siguen «Yehá viajero», desenvolviendo sus hechos en el zoco, en el campo, en el baño, haciendo figurar Tomás García Figueras a continuación sus rasgos más extraordinarios: Yehá ingenuo, trapacero, con sus agudezas, frases y sentencias. Todo lo cual maravilla por lo fantástico o por lo cándido. La glotonería de Yehá, y este como filósofo, y mediador, y consejero, y hombre de leyes, señalan párrafos que de por sí solo atesoran consideraciones suficientes para hacer un libro entero.

Y todo esto culmina en Yehá ante la religión y la muerte.

El libro pues, de García Figueras merece destacarse, como una verdadera aportación de amor de la literatura española hacia Marruecos.

RAFAEL DE URBANO.

## «EL GOLPE DE PECHO...»

*El golpe de pecho o de cómo no es lícito derribar al tirano*, es el título de un magnífico ensayo de Ramón Sijé, que después de haberse publicado en *Cruz y raya* apareció en edición aparte. Ensayo denso, profundo, lleno de sugerencias sutilísimas, que dice mucho y deja adivinar más. El pensamiento del autor zigzaguea en ágiles juegos de luz y sombra, como en los libros inmortales de Quevedo, que sirve en gran parte de soporte a este estudio, y cuyo perfil político se proyecta en sus páginas, a través de la rica prosa de Sijé. Filosofía, teología política, se entrecruzan hábilmente en este ensayo, donde la mano de Sijé se hinca católica y humana, católicamente humana, hasta llegar a esta conclusión: el golpe de pecho—golpe de pecho contra golpe de estado—es el acto central de la liturgia del cristianismo.

## LOPE: LIRICA RELIGIOSA Y POPULAR

En la «Colección Breviarios», de Aguilar, se ha publicado un gustoso volumen—presentado con el primor a que dicho editor nos tiene acostumbrados—dedicado a la *Lírica religiosa* de Lope de Vega. La selección y el prólogo han corrido a cargo del gran escritor y crítico P. Félix García. Y ni que decir tiene que tanto una como otra han sido realizados con finísimo y alta perfección. El P. García ha espigado un precioso florilegio, en el que están representados todos los géneros en que Lope supo expresar los sentimientos religiosos de su alma. Y en el sustancioso prólogo ha estudiado detenidamente al genial dramaturgo como hombre y poeta esencialmente religioso, pese a las frecuentes caídas que tuvo en su borrascosa existencia. El caso de Lope, dice el prologuista, viene a ser el de muchos escritores españoles de aquel tiempo, de vida relajada y pecadora, amarrados al goce de la carne, pero de acrisolada y robusta fe. Así es como se explica que Lope, grande hasta en sus flaquezas, un día se arrastrase por la más baja sensualidad, para exaltarse al día siguiente en celestes arrobos y escalar—en sinceros acentos de contricción y puro fervor—, sumas sombras de misticismo. Todo este problema íntimo, entrañable, de Lope, lo estudia el P. García, quien afirma que precisamente en sus composiciones de índole religiosa fué donde alcanzó aquél la más alta expresión lírica, en el prólogo que comentamos, que constituye una valiosa pieza literaria y documental, un luminoso jalón para el estudio de la vida y la obra de nuestro inmortal poeta y dramaturgo.

Y con no menor fortuna ha tejido Andrés Ochando un fresco y perfumado ramo de poesías populares del áureo autor de *Fuenteovejuna*, espigadas en la rica mina de sus comedias. Es notable la semejanza que de éste traza Andrés Ochando: sagacísimo enfoque de su compleja figura, escrito en un tono sereno y reposado, lleno de pinceladas originales. Una página honda, medular, no una fácil divagación verbalista. Ha sido editado el lindo librito, con loable desprendimiento, por el librero valenciano Miguel Juan, en ocasión del año jubilar del «Fénix». Tenemos entendido que Miguel Juan acaricia la idea de publicar otros volúmenes de clásicos, seleccionados y prologados por escritores jóvenes. Desde aquí queremos, aprovechando esta propicia coyuntura, animarlo a que se decida a llevar a la práctica tan bella idea, con lo que haría un señalado servicio a las letras patrias.

## «FILOSOFÍA ESPAÑOLA»

Versan los tres ensayos que integran este libro de J. Izquierdo Ortega, sobre «Ortega y Gasset, o la vida», «Turró, o la ciencia», «Unamuno, o la religión». ¿Qué posición adopta Izquierdo Ortega frente a estos autores? No una posición de franca disconformidad—ello no podía ser—, pero tampoco de rendida sumisión. Una posición muy sincera, muy independiente, que va subrayando sin eufemismos ni veladuras de ninguna clase, aciertos y desaciertos. Se podrá estar o no estar conformes con las apreciaciones de Izquierdo Ortega. Pero hay que reconocer su honradez crítica. El autor representa el sentir de buen número de escritores jóvenes, que disienten de las valorizaciones consagradas. Y lo proclaman con valentía y nobleza. De aquí el interés especial de las páginas de estos ensayos, fuera de su valor intrínseco, por lo que tienen de proyección de una corriente de opinión en parte contrastada al contacto con la realidad de los actuales momentos del mundo. Sería preciso, para dar una idea cabal de este libro de Izquierdo Ortega ir examinando con detención todas

sus páginas. No es posible hacerlo aquí. Nos limitaremos a transcribir la siguiente frase, que compendia en líneas generales, el pensamiento del autor: «Unamuno cree hacer obra jugando con las palabras. Ortega, entre bonitas rutilancias verbales, es un maestro de sutilezas. Pero Turró va derecho al fondo de los grandes problemas con una decisión inquebrantable. Sin buscar la originalidad, resulta ser mucho más que Ortega y Unamuno. No mariposea; ahonda». Con este libro se ha destacado Izquierdo Ortega como un magnífico ensayista, pertrechado de abundante cultura y fina sensibilidad, admirablemente dotado, en suma, para realizar en el futuro una interesante y fructuosa labor.

## «JEAN-RICHARD BLOCH»

Louis Parrot, actualmente en nuestro país, es uno de los espíritus más cultos y preparados de la juventud literaria francesa. En el tiempo que lleva entre nosotros ha dado brillantes muestras de su talento crítico. Magnífico es su estudio sobre Jerónimo Bosco (*Cruz y raya*) y no menos magnífico este ensayo que ahora comentamos sobre el gran novelista Jean-Richard Bloch. Parrot examina la formación de éste entre las conmociones de la ante guerra—época de servidumbre mental, de creación de frágiles mitos—, y sus sucesivas evoluciones hasta llegar a su presente posición defensiva «de la libertad humana» y «la seguridad espiritual del individuo». Al ocuparse de su obra, se detiene Louis Parrot en el examen de su novela más importante hasta la fecha, *Et Cæ*, y de esa otra titulada *Sybila*, definidora de una de las facetas más características del autor. «Novela—rí» llama Parrot a la primera, en gran parte autobiográfica, y en la que se proyecta el alma judía, con su sentido de permanencia, de eternidad, de inmovible fe en su raza. De otro tipo es *Sybila*, novela poema, todo lo poética que puede ser una novela de hoy, que a cada momento se quiebra en retazos de cruda realidad. Todo ese fondo de poesía que aliente en ella, que envuelve a su compleja humanidad, lo estudia Parrot en unas páginas realmente certeras. «El gran novelista—escribe Jean-Richard Bloch en una carta inédita de la que Parrot transcribe algunos párrafos, y que tiene su perfecta aplicación en *Sybila*—es un poeta privado del derecho de cantar; la edad de oro de la novela fué la época homérica o profética, la edad de los poemas homéricos, épicos, de los profetas bíblicos; en esta alborada del mundo le fué permitido al novelista cantar su narración, lo que todos tenemos un devorador deseo de hacer, sin bien hemos perdido el derecho a hacerlo, bajo pena de muerte literaria». Oportuno y sugestivo en alto grado es este ensayo sobre Jean-Richard Bloch (del que hace poco tiempo tradujo Fernando Vela *Noche Kurda*, novela de ambiente asiático, fuerte y misteriosa), publicado en Ediciones «Literatura» y vertido al castellano, en una prosa limpia y precisa, por José Ramón Santeiro.

## «SOCRATES»

El gran escritor Teófilo Ortega, cuya inquieta atención gusta posarse sobre los más diversos temas, ha dedicado últimamente un fino ensayo al egregio filósofo ateniense, ensayo de interpretación personal, cuajada en alta temperatura de entusiasmo. «Me limito—escribe el autor definiendo el propósito que le ha guiado—a fijar una leve trayectoria de su paso en lo que puedo percibir desde aquí—siglo XX—, considerando a la persona que comento como nacida o viviente en mí, en obra y movimiento perdurable». No pretende, pues, Teófilo Ortega darnos un estudio crítico ni biográfico de Sócrates. Pretende sobre todo darnos «su» Sócrates, el Sócrates que él lleva en su alma, como entrañable, eterno ejemplo de idea y de conducta. Otros ensayos completan el volumen: «A los hombres del año 2000», «Arrebató», «La política más fina», «Pendiente de un hilo», «Vislumbre de una nueva edad», (comentario al famoso libro de Berdiaeff *Una nueva Edad Media*), «Diálogos del hombre consigo mismo», «Un aerolito» (recuerdo napoleónico), «Hambre de personalidad». De distinta importancia, pero todos ágilmente perfilados. Ramiro de Maeztu encabeza el volumen con una interesante Carta-Prólogo.

## UN PINTOR JEREZANO EN CADIZ

Con el título *Pintores jerezanos en el Museo de Bellas Artes de Cádiz*, ha publicado don Pelayo Quintero, gran autoridad en cuestiones arqueológicas y artísticas, un valioso

estudio dedicado a Juan Rodríguez «El Panadero» (1765-1830), llamado por algunos el «Goya andaluz», no porque se pretenda—escribe el autor del trabajo que comentamos—ponerlo en parangón con el maestro aragonés, sino por la influencia que ejerció sobre él, el arte de éste. «Puede considerarse «El Panadero»—añade el señor Quintero—, como el primer pintor costumbrista andaluz, sin que por ello dejara de cultivar otros géneros, como el religioso, y sobre todo el retrato, tanto al óleo como en miniatura». El autor estudia, tras unas rápidas pinceladas biográficas, la técnica diversa de este pintor jerezano, que puede ponerse «a la par de los que crearon la pintura romántica española del siglo XIX», con esa competencia y sagacidad en él características y que le han proporcionado merecida fama en los mejores centros culturales y artísticos de España y el extranjero.

### «COCTEL DE VERDAD»

Pero no de Verdad, ni de verdades, sino de verdad. El autor tiene buen cuidado de advertirlo en el prólogo. Un cóctel verdadero. En el que el claro ingenio de José Ferrater Mora ha mezclado los más diversos ingredientes, en un fino juego de inquietudes. Abundan, sin embargo, los temas filosóficos. Unos que alcanzan desarrollo de ensayos, y otros que no pasan de breve glosa o aforismos. Entre estos temas hay una serie de siluetas de filósofos españoles y extranjeros de hoy: de Ortega y Gasset a Keiserling, perfiladas con tintas impresionistas. En otros aspectos, hay apuntes sobre motivos literarios, sobre la risa, sobre la fotografía, sobre el cine... «Esquemas sobre el cine» es uno de los más interesantes capítulos del libro. *Cóctel de verdad* es una obra desenfadada, burbujeante, personal, de expresión ágil y animada, que se lee con fruición y deja en el paladar—como un auténtico cóctel—un complejo y agradable sabor.

### «DISIPADAS MARIPOSAS»

Las echó a volar, al mejor aire poético de Valencia, el fino pulso de Juan Gil-Albert. Y hasta nosotros llegan en una miniada hoja, entre un jardín de armoniosas flores de tinta, recortadas con primor por Juanino. Qué placer recrearse en su vuelo, en sus ágiles giros, en su brillante ir y venir, hurtar los ojos en rápido quiebro, remontarse en el espacio como sutiles flechas de cristal. Gil-Albert, gran prosista, cultivador de un género delicado y difícil, nos da en esas *Disipadas mariposas*, no por breves menos reveladoras, una muestra gallarda de su exquisito arte, de su arte hondo y alto, sesgado y lírico; arte de impensadas raíces y subterráneas aguas, pero también de vaporosas nubes, por cielos de alborada.

### «ESTAMPAS DE ALDEA»

En este libro, publicado hace poco, su autor, Pablo de A. Cobos—buen maestro y buen escritor—, ofrece a los niños un pedazo fresco y jugoso de campo y aldea auténticos. Sus mejores recuerdos de infancia, y de edad madura en contacto con la infancia, en tierras de Segovia. «Exaltación de la vida del campo, y, firme convencimiento de que es más rica que la vida ciudadana en experiencia vital. Ofrenda a los niños de la aldea con el deseo y la esperanza y la ilusión de que saquen de las páginas que siguen todo el limpio goce que en ellas se ha vertido al escribirlas». Así dice el autor en unas palabras previas. Quien nos habla de las vacas, de las fiestas, de los pastores..., de todo ese mundo tan sencillo, pero tan bello, que la ciudad olvida. Desearíamos ver este libro en las manos de todos los chicos españoles. Hora es ya de desterrar definitivamente esos libros incoloros, fríos, inexpresivos, que un absurdo concepto pedagógico creía manjar selecto para la niñez, y que ¡todavía! pintan en algunos sitios la imagen repelente de la vieja Escuela.

### HISTORIA Y ARQUEOLOGIA

Manuel Esteve, el culto y activo director de la Biblioteca Municipal de Jerez, ha dado últimamente dos saisonados frutos de sus trabajos e investigaciones. En uno, *Antigüedades jerezanas*, se ocupa de ciertas exploraciones arqueológicas realizadas cerca de aquella ciudad, y que son de sumo interés para el estudio de la época prehistórica y visigótica jerezana. En el otro, *Notas extraídas del Protocolo primitivo y de la fundación de la Cartuja jerezana*, Esteve va extractando de este importante documento,—que se encuentra en la Biblioteca de que él es director—, detallada relación

de las obras hechas bajo cada priorato, lo más interesante en el aspecto artístico. Merced a esas notas, el lector puede ir fácilmente siguiendo los trabajos de construcción del famoso monasterio—monasterio y granja, lugar de oración y trabajo—, desde los días de su fundación hasta el año 1666, en que ya mostraba todo su esplendor y grandeza. Y puede ir admirando la paciencia y el tesón de los monjes, que poco a poco van alzando la enorme fábrica, atendiendo a todo, desde la magnificencia del templo hasta el conveniente arreglo y disposición de las últimas dependencias. Felicitamos sinceramente al querido amigo Manuel Esteve, por la brillante labor que viene realizando, y le animamos a proseguirla sin tregua ni desmayos, para bien de la cultura jerezana.

### CRISTAL POETICO

—Con su último libro *La destrucción o el amor*—primer premio nacional de Literatura 1934—alcanza Vicente Aleixandre la más alta cima poética. Procedente, en cierto modo, de este libro—por el mismo clima surrealista en que se abren sus poemas—, era *Espadas como labios*, publicado en 1932. Pero en *La destrucción o el amor*, obra de mayor y más firme aliento, ya de plena madurez, se perfilan los pensamientos en un aire más clarificado y preciso, en una apretada y armónica sistematización. El juego surrealista—en *Espadas como labios* a veces un poco como en vilo, como en atropellado rafaleo—hunde ahora sus raíces en misteriosos abismos telúricos, se apoya en hondas minas de humanidad, que determinan una poesía cálida y entrañable, concentrada y sólida, cuajada en esencias perdurables, eternas. El poeta aparece como centro de la Naturaleza, como latiendo a compás de las ciegas fuerzas cósmicas, en su dramático forcejeo de muerte y perennidad.

Viento que sopla entre los huesos,  
sangre del mar, que tengo entre mis venas cerradas,  
océano absoluto que soy, cuando, dormido,  
irradío verde o fría una ardiente pregunta.

Viento de mar que ensalza mi cuerpo hasta los cúmulos,  
hasta el ápice aéreo de sus claras espumas,  
donde ya la materia cabrillea, o lucero,  
cuerpo que aspira a un cielo, a una luz propia y fija.

El poeta nos arrastra en su arrebatada inspiración a un mundo sin fondo y sin orillas, en cuyas recónditas entrañas la luz se descompone en impensados iris y aflora el sentido último de las cosas, sus más oscuras y arcanas relaciones. Ahí es donde la destrucción y el amor sellan su íntima amistad, y también libran sus más porfiadas batallas.

Tierna emoción de paisajes, cegadores raptos siderales, dolorosos sondeos humanos... Todo esto—y mucho más—hay, también, en este libro difícil y ardiente de Aleixandre, que brinda en cada poema, en cada frase, sorprendentes hallazgos de belleza intacta, virgínea. Imposible insinuar siquiera en una breve nota todo el alcance de la visión del poeta, toda la grandiosa concepción de su orbe lírico. Después de todo, creemos que tratándose de un libro como *La destrucción o el amor*, su mejor explicación y exégesis es él mismo; las propias palabras del poeta, en su emocionado primer temblor, en su prístina y deslumbradora desnudez.

Libro igualmente de ricas calidades es *Donde habite el olvido*, de Luis Cernuda. ¿Dónde habita el olvido? Difícil pregunta, sobre todo cuando se trata como aquí, de un olvido de amor. Difícil pretensión encontrar un sitio donde reine el olvido total, donde no se sienta sobre el alma la losa del pasado.

En los vastos jardines sin aurora  
Donde yo solo sea  
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas  
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

Aquí puede encontrarse, encuentra provisionalmente el poeta, el deseado olvido. Pero, ay, el olvido, el recuerdo del olvido, puede ser peor que la propia olvidada realidad.

El amor no envenena  
Aunque como un escorpión deje los huesos  
El placer no es naufragio  
Aunque vuelto fantasma ahuyente todo olvido.

Pero el tronco y hachazo  
Placer amor mentira  
Beso puñal naufragio  
A la luz del recuerdo son heridas  
Un deseo que no cesa  
Un grito que se pierde  
Y clama al mundo sordo su verdad implacable.

Por eso hay que ir mas allá, para matar el propio recuerdo del olvido.

No quiero recordar  
Un instante feliz entre tormentos  
Goce o pena es igual  
Todo es triste al volver.

No no quiero volver  
Sino morir aún más  
Arrancar una sombra  
Olvidar un olvido.

He aquí, en líneas someras, el contenido de este original libro—que el autor quiso rotular con un verso de Bécquer, ese delicado soñador de un amor imposible—, libro amargo y desconsolador, pero también de renunciación y alta pureza, que sólo un gran poeta como Cernuda podía escribir. Libro donde se llega a una finísima captación de matices, de tenues contornos. Donde el manoseado tema del amor se depura y alquitara en huidizas sutilidades. Si Luis Cernuda no tuviese ya acreditada sobradamente su exquisita sensibilidad, su extraordinaria personalidad poética, este solo libro bastaría para ungirle con definitivas luces consagratorias.

—Con medida palabra y estilizada técnica ha hecho María Cegarra Salcedo su bello libro *Cristales míos*, que nos trae altas claridades levantinas y concentrado zumo de intimidad. Dedica su libro María Cegarra—afortunada artífice, con su coterránea ilustre Carmen Conde, de ese difícil género que es el poema en prosa—a la memoria de su hermano Andrés, prematuramente muerto. «Cuánto tiempo escribe que no oigo tu voz!—Para escucharte canto». La sombra del hermano ausente, «en su retiro de eternidad», cruza por todo el libro, se proyecta a través de todas esas tiernas estampas, de todos esos finos paisajes y recuerdos que la autora nos da de su tierra murciana. Al final inserta María Cegarra—que hace análisis químicos como hace poemas—unos «Poemas de laboratorio», en los que la palabra adquiere nítidas facetas, limpio brillo de mineral. Escribe: «La sonoridad de las ebulliciones y de los alambiques, es como un viento sin mar y sin molinos». «En planos de ágata y cuchillos de acero se equilibran—también—los sentimientos». «Balanza, urna de sensibilidades: Eres el crucifijo de la mirada». Y escribe un «Ensayo espiritual de los perfumes», que nos envuelve en una sutil y deliciosa atmósfera de sugerencias y belleza. Vosotros los que os ungis de ricos perfumes, los que derrocháis en ellos crecidas sumas, sabed que: «Un perfume es más que un poema»; que: «El perfume vive en agonía. Es dolor de olor lo que nos cede»; que: «Cuando un perfume se extingue radica en el infinito y deja en nosotros el hueco de un alma»; que: «No huele lo mismo un perfume a la luz, que a la sombra; en un recinto alegre, que una casa triste; sobre la carne viva, que sobre el cuerpo muerto». «Parece mentira—exclama Giménez Caballero en la aguda introducción que le pone a *Cristales míos*—que un libro tan breve, tan casi inexistente, pueda encerrar en sus fórmulas epigramáticas, matemáticas, concisas, tanto ardor por lo misterioso: por la presencia de un desaparecido, y por el alma de lo mineral. También por los niños y por los perfumes: otro par de arcanidades». *Cristales míos*—cristalinas rosas del alma de María Cegarra—es la revelación de un hondo temperamento poético, de una voz exacta y pura, cuajada en clara rectitud de biseles.

—He aquí un libro—un bello libro—romántico: *La Voz cálida*, de lidefonso Manolo Gil. Romántico, por encima de todas las demás vivas lunas que rigen su poesía. Poesía densa, robusta, de hondo y fino latido sensual. Y siempre segura. Lo mismo cuando canta las «Soledades» del poeta—y entonces nos recuerda, por su tono grave y reposado, la poesía de Antonio Machado, que cuando canta a la musa del cine, a la «mujer de plata», o se abre entre claras nieblas de misterio y ensueño, como en el último poema, uno de los más logrados y de más limpia modernidad de *La Voz cálida*. Con sólo este libro ha conseguido Manolo Gil un envidiable puesto entre los más destacados poetas de esta hora. Como profundo poeta de amor, que sabe arrancar al eterno tema nuevos y sutiles arpegios.

—Hay versos escritos con el cerebro y versos escritos con el corazón. Con el corazón ha escrito Raimundo de los Reyes su nuevo libro *Tránsito*: Elegía a la muerte de su madre. Como debía escribirlo. Dejando correr su dolor en llano llanto poético. Plasmando su dolor en sencillos cristales de lágrimas. Raimundo de los Reyes nos da su dolor ungido de cristiana resignación. Y sabe—don de humano poeta—hallar en sus más afiladas aristas remansos de conformidad; blandas luces confortadoras.

Dormida está ¡dejadla!,  
que no despierte luego...  
Es la primera vez que en su semblante  
una expresión de bienestar contemplo.

*Cadera del insomnio* es el último libro poético de T. Seral y Casas. El último, y el más logrado hasta ahora. Con todas esas características peculiares de sus libros anteriores—fuerza, nervio, acerada fibra—, pero también con elementos, con matices nuevos, tal en su afortunada «Elegía a la reina muerta de Holanda», feliz conjunción de hondura lírica y fina gracia humorística, y que acaso marque el mejor camino de este poeta, hasta el día. Seral y Casas sigue siendo en *Cadera del insomnio*, por lo demás, el poeta que va elaborando su obra de espalda a grupos y escuelas, en forma personal y libre. Cada día con más galanura y flexibilidad—sus anteriores producciones adolecían tal vez de demasiada rigidez—, y con mayor sentido de lo lírico. Al lado de la mencionada «Elegía» hemos señalado como los mejores poemas de este libro: «Noches de Kikiriki», «Hospital sin fronteras», «Fin de semana». En ellos es donde mejor logra Seral y Casas trasmutar las esencias poéticas vigentes en su propia personalidad y hacer obra más ágil y perfecta.

—*Voz y cuerda*, de Alvaro Arauz, sigue la línea de poesía iniciada por este joven poeta en *33 canciones*. De poesía popular y andaluza. Pero aquí lo popular es ancha vena *jonda* que salta y se quiebra en el aire, plasmada en soleares, polos y cañas, saetas, seguidillas, sevillanas, malagueñas..., en coplas como para cantar a la guitarra en noches de sentimiento y de pasión... Al leer este libro de Arauz es irresistible el recuerdo de dos poetas que han cultivado con extraordinaria fortuna el mismo asunto: Manuel Machado, García Lorca. Pero Alvaro Arauz está más cerca de Machado que de Lorca. Y quede dicho esto sólo para situar la poesía de Arauz, no con el vano prurito de descubrir en él—que perfila su obra con propio acento—la influencia de aquellos poetas.

Córdoba tiene cien arcos;  
Sevilla, el Guadalquivir;  
Cádiz, puerto y manzanilla;  
Granada, un sueño de barcos,  
y tú me tienes a mí.

Así canta siempre, en estrofas llenas de garbo y de finura, de auténtica gracia andaluza, diestramente estilizada, este poeta casi andaluz, captado por la voz y el hechizo profundo de nuestra tierra.

—Más poesía popular, andaluza. De un poeta, José Jurado Morales, andaluz por tierras catalanas. Poesía sencilla, tierna, la de este breve cuaderno: *Hora morena*. Poesía amorosa y sensual, también, y también amarga a veces, como cuando en sus serenos cristales se refleja el sueño del minero de Río Tinto o el perfil aventurero y rebelde de Flores Arrocha, el tristemente famoso bandido de la sierra de Ronda. «Ternura, efusión, sencillez, son sus tres gracias», dice el prologuista Luys Santa Marina. Quien nos dice prefiere la vertiente hosca, desolada de la poesía de Jurado Morales. Quizás también nosotros, si tuviéramos que elegir, preferiríamos esa vertiente. Pero sin dejar de asomarnos de cuando en cuando a aquella otra risueña y soleada, llena de agua que ríe, de viento juguetón que alborota las faldas de las mozelas, de temblor de guitarras, de menta, de jazmín, de canela...

—Con *Canciones en azul* nos llega el nombre de una nueva poetisa: María Dolores Arana. Su libro ha visto la luz en Zaragoza, al calor artístico de *Noreste*. *Canciones en azul*: azul de ternura, pero también de cielos trágicos, profundos, que clavan su misterio en el alma. En el alma de esta joven cantora, de voz trémula y varia, ya afilada en amor, ya ardienda de graves inquietudes. Por su libro corre una apasionada invocación al viento, al viento libre y azul, por el que la autora quisiera ser acariciada, poseída, amortajada; en el que quisiera vivir, deshacerse, morir... Y como el viento brota la poesía de aquélla, y queda palpitante en el papel: en forma suelta y rafagueante, en desigual intensidad lírica. Mas ello es natural en todo poeta bisoño. El día en que Dolores Arana adense más su labor, abandone esa espontánea facilidad en que se alinean muchas de sus composiciones—defecto bastante frecuente entre nuestras poetisas—, logrará frutos de calidad, ya que sensibilidad y temperamento poético no le faltan.

—He aquí una nueva voz poética de Huelva—de esa isla poética de Huelva que destaca sus perfiles de transparente belleza en el paisaje literario andaluz—, voz de diecisiete años y muchas primaveras de ilusiones. De Rafael Manzano es. Hecha inquieto susurro, dulce ansia, en un breve cuaderno—sólo nueve poemas lo componen—, pulcro y cuidado,



que lleva por título *Fragua de amor y olvido*. Romances, endecasílabos y alejandrinos libres —los primeros acaso los más conseguidos en cuanto a su línea formal— hay en este libro de amor, de amor irreal, creado por el poeta en un puro proceso de abstracción, y resuelto en fórmulas finamente románticas. En este libro de aciertos y titubeos, como corresponde a quien comienza su alborozado juego con las musas. Con sus aciertos y titubeos, ahí queda como claro exponente de esta primera etapa de Rafael Manzano, para compararlo con ella su futura labor. El poeta advierte, en unas palabras previas, que estos poemas que ahora publica responden a una manera de concebir la poesía ya superada. Advertencia que nos invita —conocidos y gustados aquéllos— a esperar con interés, con creciente deseo, su obra más reciente. Antecede a *Fragua de amor y olvido*, en pliego suelto, un «Trasmundo lírico de Huelva», de J. Pérez Palacios, que sin pretensión crítica alguna, constituye con eficacia, por lo que tiene de evocación de ambiente, a explicar la poesía de Rafael Manzano.

—Dictino de Castillo-Elejabeytia, pese al título con que ha querido rotular su primer libro: *Nebulosas*, es, como ha advertido ya algún crítico, un poeta de claridades. Claridades de cielo, aire, mar, que envuelven sus poemas en una suave y límpida atmósfera. De mar, sobre todo, como fruto de un poeta que es al mismo tiempo marino. Castillo-Elejabeytia se nos presenta en *Nebulosas* como un jugoso poeta, pictórico y musical, que a veces gusta sondear su alma, pulsarla, desnudarla en la maravillosa armonía del paisaje. Como un buen poeta, en suma, por lo que nos da, que no es poco, y por lo que nos promete, que es mucho. Merece especiales plácemes por la esplendidez con que ha editado su libro, al que ha puesto unas finas ilustraciones M. López Gil, pintor gaditano.

—En *Ruta en imagen* ha recogido N. Sanz y Ruiz de la Peña un nutrido número de poemas, de varia arquitectura y motivación, que ha ido escribiendo entre 1928 y 1935. Hay en él décimas, romances, sonetos, canciones infantiles. Sanz y Ruiz de la Peña es poeta de imágenes. Todos sus poemas —como ya indica el título del libro— están contruidos a base de ellas, las cuales algunas veces nos recuerdan las de otros poetas, perjudicando a la belleza de la obra. Es de notar la frecuencia con que en *Ruta en imagen*, de un poeta del interior, de Valladolid, hay evocaciones y nostalgias marinas, que en ocasiones, por cierto, hacen parecer el libro más bien como de un poeta andaluz. La cualidad que más resalta en el libro de Sanz y Ruiz de la Peña es su perfección técnica, igual cuando el verso discurre terso y sencillo, que cuando se riza en pliegues barrocos, algunos de clara estirpe gongorina. Esta cualidad, unida a las otras que lucen gallardamente en el libro que examinamos, señalan con fuerte trazo la personalidad de su autor en el mapa de nuestras letras jóvenes.

—*Los presentes de Abril* es un delicado presente de Juan Ugarte, poeta cordobés que comienza. Presentes de Abril y de su abril poético. Versos abiertos al calor de una fina sensibilidad, en camino de maduración. Madurará en plazo no lejano, ya que el poeta se nos muestra adornado de excelentes cualidades. Sabe de la brillante imagen, de la gracia del ritmo. Sabe, poeta muy andaluz, jugar, sin quemarse en su llama, con luces, formas y colores. Esperemos que tras este primer destumbramiento ante las cosas, venga el ahincarse firmemente en su esencia, en busca de más hondos pasmos de belleza.

—Y debemos recoger aquí dos nuevos libros de Vicente Noguera: *Yunque de oro* y *Yunque de fuego*, verdadera poesía en prosa. Vicente Noguera juega con las palabras con gustoso sentido de orfebre, deleitándose en la policromía del idioma. Es un poeta que, en vez de volcar su ardiente inspiración en la rigidez del verso, prefiere verterla en una prosa recamada, refulgente, que le brinda mayores libertades. Su obra es como un largo, sostenido poema de amor. De amor y de hondo misticismo. Recuerda por su robusta entonación el bíblico *Cantar*, y también, por su riqueza y gracia de imágenes, la poesía arábiga. Saludamos con simpatía a este poeta en prosa, que, en medio del bronco torbellino de nuestro tiempo, va fervorosamente encendiendo las puras estrellas de su cielo lírico.

P. PÉREZ CLOTET.

## CARTA DE ADRIANO DEL VALLE

Señor don Vicente Carrasco.

Cádiz.

¡Qué bellas brazadas de brisa con sol, de espejismos de mar y cielo con peces y mariposas antipodas, en una miscelánea de nubes y oleajes, me trajo, amigo Vicente Carrasco, en esos poéticos *Rectángulos* de su libro, para que yo, hombre de tierra adentro, Ulises de agua dulce amarrado al mástil de mis chopos marismeños, sueñe hoy con la voz y el rumor

atlántico del mar de Cádiz, mar de oleaje amorosamente enluzado, en su sabor de salados delfines, por las singladuras de esta o aquella rama de naranjo o toronjil arribando, a la deriva, en un periplo de cabotaje,

como en luciente de cristal columna

desde mi Guadalquivir nativo a su bahía delirante, jamás ni por la lluvia desteñida en su vivísimo clarinear de luces, algas, palmeras, salinas, y torres oblicuas reflejadas; bahía dúplice, en fin, entrevista a manera de Aula Magna para que usted, poeta y profesor, nos explique desde allí un curso de metáforas geométricas, con proyecciones de las más lindas radiografías del Arco Iris, obtenidas cuando Cádiz y los Puertos convalecen de los temporales!

Y a semejanza de Van Dyck, para quien pedía Eugenio d'Ors, además de la paga de gloria que le correspondiese, un plus de caballo, su Musa necesita también un plus de hipocampo para sí y para cada una de sus bellísimas hermanas, ya que son ellas las que tripulan esa concha triunfal de Venus que calafatea en la Carraca, allí donde le cambian su genuina cuadriga de caballos marinos por unos motores Diesel anti-neptúnicos, es decir, allí donde rehúsa usted la mitología por la mecánica, lo que constituye, después de todo, el más alto destino de los poetas de nuestro tiempo.

Téngame por un sincero amigo de su poesía, pasándole de contrabando, desde las fronteras de mi *Primavera portátil*, la luna del cielo de la Giralda, que quiere ser súbdita —¡oh maravilla!— del cielo de Cádiz.

ADRIANO DEL VALLE.

## «EL POZO DE LOS AMORES ETERNOS»

El nombre de Remée de Hernández es ventajosamente conocido de cuantos aman las letras africanas. Conoce bien el alma sensual y amorosa del pueblo árabe; conoce asimismo la riqueza y la armonía de sus imágenes, luminosas y bellas, que envuelven acariciándolos sus afectos; las mil facetas de su brillo, la profundidad clara y transparente de su espíritu. Convivió largamente con esa raza en Argel y quedando prendida por ella, sus conocimientos y su amor cristalizan en sus bellos libros, en los que capta con devota precisión ambiente y sentimiento.

*El Pozo de los amores eternos* (Poema oriental) tiene transparencias y calidad de joya. Uridah y Amar, beben juntos su agua, que une para siempre a los amantes, en una noche serena del desierto iluminada por la luna; y como la virtud de esas aguas no fué desmentida, vuelven a través de una separación imposible, de felicidad febril e inútilmente buscada, a fundirse en un solo amor eternizando en él, el triunfo de la belleza y de la juventud.

El libro es de una belleza auténtica, algo que no roza siquiera el campo de un orientalismo postizo o afectado, de bazar, y muy a menudo de segunda o tercera mano. Remée de Hernández que ha sabido conocer y valorar poéticamente un país y una raza nos adentra en ella a través de sus páginas sutiles y bellas; al término del libro nos sentimos dulcemente dominados por la emoción y la sensualidad de un pueblo que sueña y canta con pasión el amor, que adorna de imágenes policromadas y múltiples sus sueños y sus emociones.

## «EL PESCADOR DE ESTRELLAS»

Estamos en presencia de una deliciosa continuidad del espíritu tan delicado y de tan florida y auténtica savia oriental de Remée de Hernández, la autora de *Lain Lah*, *El Pozo de los Amores Eternos* y de tantas crónicas como nos traen de vez en vez los reflejos de su pasión por este Mogret el Aksa, a la que por tantos motivos se encuentra aprisionado.

Su hija, Josita Hernán, entra con *El Pescador de Estrellas* (Prólogo de Eduardo Marquina) en el campo literario de puntillas, llenas de ingenuos temores, con balbuceos reflejos de emociones bien sentidas y que cuando salen al exterior, por la palabra o por la pluma, nos sobrecogen en una mezcla de temor y de esperanza. Y así en este libro toca modalidades poéticas diferentes, vacila entre ellas con una timidez de colegiala, sin que esas vacilaciones puedan impedir, sin embargo, el exuberante brote del almendro en flor del positivo valor poético que ella ha tan certeramente presentado.

El lema musulmán, oriente a occidente, está tocado en cuatro bellas poesías: «Noche de Fez», «A Boussah Mustafá Seguir», «Noche Mora» y «Ausencias», primorosas de senti-

miento. Son suficientes para comprender lo mucho que puede esperarse de la nueva escritora si se decide a acometer estos temas que han de ser, para ella, por muchos motivos también, de los más predilectos.

En esta nota no señalamos con criterio bibliográfico la aparición de un libro más; registramos más que eso, la esperanza de madurez que da *El Pescador de Estrellas* y que deseamos ver plenamente satisfecha en otra producción de Josita Hernán.

TOMÁS GARCÍA FIGUERAS.

## «LAS TIENDAS DEL DESIERTO»

He aquí un libro que nos llega pleno de sensaciones impolutas y hondas. Poesía suave, con placidez y espejismo de glaciar andino.

Alberto Ureta—que une en su triple personalidad de poeta, Catedrático de la Universidad de Lima y Cónsul General del Perú en Madrid, todas las inquietudes de un espíritu ávido de bellezas serenas—, alza su tienda singular en las lontananzas agrestes y remotas del acerbo existir. El lírico de *Rumor de almas* y de *El dolor pensativo*, acendra felizmente los perfiles melancólicos de nuevas e ignoradas cimas.

La primera parte del libro está formada por veintitrés baladas saturadas de infinitas nostalgias, en las que el poeta vibra la quema purísima de una melodía auténtica: yaraví andino que nos adormece en sumidades y recuencos de emoción. Entre otras, las baladas «del pájaro que habla, del árbol que canta y del agua de oro», «de la rosa náutica», «del día que espero», «del lirio de Astolat» y «del remanso», nos conducen a los lípidos cielos donde boga el alma con ritmo lento de evasiones trémulas.

En «Diario íntimo», Ureta rasga su velo de cármes elevados y nos descubre un vasto oasis de soledades:

Echar dos vueltas a la llave  
y abrir los ventanales al sol,  
y hacer de la luz y del silencio  
un regalo para el corazón...

Otras veces nos dice:

...siento  
en el corazón la gran fatiga  
de las lenguas jornadas,  
el anhelo  
de pegar a la tierra compasiva  
la cabeza cansada,  
el deseo profundo de dormir  
la dulce noche  
de un infinito sueño...

En «Eclesiastés», una dulce resignación mística, extraverte el alma del poeta en desvanecidas claridades. Entre la penumbra, surge la esperanza de una nueva aurora:

...qué importa, Dios mío,  
si esta noche  
puede volver sus sombras  
hacia el día.

El poema evocativo «El sueño del héroe» y dos traducciones: «Polvo», de Rupert Brooke, y la «Balada de Florentino Prunier», de Georges Duhamel, completan el acervo poético.

*Las tiendas del desierto*, es un libro profundo y tierno colmado de serenidad y de tristeza. Su lectura nos deja en el alma el constante anhelo de traseñar caliginosos senderos:

Rosa de los vientos, dame mi camino,  
uno que no vaya ni a la tierra ni al mar;  
o un camino que no lleve a ninguna parte  
o un camino del que no se pueda regresar.

D. DE CASTILLO-ELEJABEYTA.

## OTROS LIBROS RECIBIDOS

Hemos recibido también los siguientes libros y fascículos, que agradecemos mucho. Libros: *Eco y yo*. Galiana Aragón. Madrid, 1935; *El Demonio de Don Juan*. (Poema dramático). C. Sabat Erasty. Montevideo; 12 siluetas. José de la Cuadra. Quito, 1934; *Fuga* (novela). Montevideo, 1929; *Goethe* (conferencias). Montevideo, 1933; *La clase* (2.ª parte. La Educación artística). Montevideo, 1934. E. de Salterain y Herrera; *El sol por otros cielos*. Mariano G. Fernández. Ma-

drid, 1934; *Litoral* (versos). Joao Cabral do Nascimento. Funchal; *Aguarelas* (poesías). Luis de Andrade Filho. Cádiz, 1935; *Romance tallado en alba*. José Muñoz Cota. México, 1932-1933; *El Kollao* (poemas). Alejandro Peralta. Lima, 1934. Fascículos: *Elegía a Gabriel Miró*. Antonio Oliver Belmás. (1930-1935); *Guía bibliográfica de la Historia de México*. Epoca precortesiana, 1. Ediciones de *El Libro y el Pueblo*. México, 1935; *El sentimiento pacifista de la Mujer*. (Conferencias, 1) Antonio Cano. Ciudad Real.

## CARA Y CRUZ DE ANDRÉS SEGOVIA

Fué después del concierto. Nos había deleitado con el temblor de su espíritu, con su agua en vuelo, porque para mí la guitarra de Andrés Segovia es la prolongación de su alma: sentimiento que expresa su contenido en seis voces diferentes. Fué después del concierto. El instrumento estaba ausente de ese tropel de ángeles sonoros que el artista crea en sus honduras. Nos reunimos con Andrés Segovia en casa del poeta Adriano del Valle. Se barnizó *Primavera Portátil* con nueva lectura. Todo era silencio, interrumpido a veces por el punto y aparte de los taponazos del «champagne» y la raya sonora de los brindis. El guitarrista genial empezó a hablar con una voz dulce, armónica. El sentimiento que era sonido en su guitarra, es ahora voz y conceptos. Ideas y pensamientos en trabazón inefable. Una teoría de oídos se abría para escuchar sus palabras. Estábamos Pérez Palacios, el dibujante Pepe Caballero, Adriano, su esposa, poetisa reciente, y el cronista. Nos habló de sus viajes por América del Sur: montes, nubes, cielos. Después se habló de literatura. Las anécdotas sobre el genial poeta D'Annunzio toman en sus labios formas y expresiones desconocidas. Algunas, por su interés, no quiero dejarlas de rescatar. «Cuenta D'Annunzio—dice Andrés Segovia—que fueron una vez de viaje, un pintor, un músico y él, «que sólo era poeta». Como los tres eran pobres, tenían que hacerse la comida por turno. Consistía ésta en una tortilla. El principal cuidado que requiere una tortilla es saberla volver. Le tocó la hora de hacerla a él. Como era de noche, sólo alumbraba a la estancia el tímido resplandor de un fuego. Cogió la sartén y llevóla a la puerta de la casa. Lanzó la tortilla por los aires para darle la vuelta, mas la tortilla no caía. Asustado miró al cielo, y cuál no sería su sorpresa al ver que un querubín la había recogido y colocado de nimbo a una virgen». También el mismo poeta nos dice que al entrar él —Andrés Segovia—en su palacio, vió con estupor, cómo una reproducción del «esclavo» de Miguel Ángel tenía una túnica que le tapaba desde la cintura hasta los pies. Al preguntarle por ello, contestó D'Annunzio que mucho tiempo había estado pensando por qué existía tan gran desproporción entre el dorso de esta figura, fuerte, robusto, y las piernas, débiles y pequeñas. Y una noche se le ocurrió la solución. A los escultores—y más aún, a los del carácter de Miguel Ángel—se les impone al genio el bloque de mármol en el cual trabajan. Este, debió ser grande por la parte alta y más reducido por la parte inferior. Cuando esto discurría, se me apareció un hombre de mirar melancólico, de nariz aplastada, que me dijo: «Así es». Luego, sin mediar palabras, me dió un beso en la frente. Me dejó como un hueco en ella. Y todavía, a pesar del tiempo transcurrido, no he encontrado una idea, un pensamiento, lo suficientemente bello para poderlo llenar.

Nuevos luceros sonoros de taponazos de «champagne». Copas altas en banderas de brindis. La melena de Andrés Segovia pone una nota romántica en el camarote de Adriano del Valle, con su barco rompevientos, con la biblioteca gritando títulos de colores. Eugenio d'Ors contempla la escena a través del cristal de su retrato.

—«Por el guitarrista mejor del mundo». Segovia sonríe. No, por el arte y por España.

Y el sentimiento de Andrés Segovia, que fué todo sonido, vibración, en la guitarra, voz y conceptos en esta reunión íntima, divaga ahora, mudo, por esa sonrisa en «sí menor» de su simpatía, pórtico por donde yo vislumbro el resurgimiento artístico, ante el mundo, de nuestra patria.

RAFAEL MANZANO.

## POETAS DE «ISLA» ANTE EL MICROFONO

Ultimamente Vicente Carrasco, y antes Pedro Pérez Clotet y Rafael de Urbano, han actuado ante el micrófono de Unión Radio, de Madrid. Urbano habló de la poesía actual, ilustrando su charla con algunas composiciones de diversos autores. Carrasco y Pérez Clotet dieron recitales de poesías originales, después de unas consideraciones sobre su propia

obra, el primero, y sobre la significación de ISLA en las letras jóvenes, el segundo. Felicitamos muy sinceramente a los tres amigos por el éxito alcanzado y les deseamos en lo sucesivo todos los triunfos que sus valiosas cualidades en justicia merecen.

M. O.

## SEVILLA POR BECQUER

Ahora a la sombra espiritual del centenario de Bécquer, va Sevilla a honrar con todo fervor la memoria celestial del poeta. Con objeto de que el centenario revista el esplendor que se debe a la figura de Gustavo Adolfo, se ha constituido el grupo de «Los Amigos de Bécquer» encargados de organizar cuantos actos conmemorativos hayan de celebrarse. Forman parte de «Los Amigos de Bécquer» los siguientes escritores: Álvarez Quintero (S. y J.), Santiago Montoto, Jorge Guillén, Romero Murube, Rey Caballero, Díez Crespo, Rodríguez Mateo, Aparicio Errere, etc. Se cuenta además con la aportación de otras personalidades literarias, entre ellas Gregorio Marañón, que han ofrecido su esfuerzo desinteresado para todo lo relativo al centenario.

En las reuniones de «Los Amigos de Bécquer» se ha acordado abrir un concurso de artículos periodísticos sobre la personalidad del autor de las rimas. Será premiado el artículo elegido, con doscientas pesetas. Asimismo se ha aprobado editar un libro general o una amplia revista que recoja el homenaje de los escritores modernos a la memoria de Gustavo Adolfo. Y se tiene el proyecto de adquirir uno de los retratos más valiosos que se conservan de Bécquer.

Por su parte los escritores que integran «Los Amigos de Bécquer» han empezado a desarrollar un curso de conferencias en las que se estudia la vida y la obra del poeta. Estas conferencias tienen lugar en una peña cultural establecida en la misma calle donde Bécquer nació y que fué inaugurada con el descubrimiento de un busto de Gustavo Adolfo, acto en el que leyó unas admirables cuartillas el secretario de «Los Amigos de Bécquer», J. Romero Murube.

También en el Ateneo sevillano se trata de celebrar actos en honor del poeta. Uno de ellos estará a cargo de Romero Murube y Aparicio Errere, los que darán una conferencia al alimón, titulada «Torres y relojes de la alta poesía».

Sevilla trata con todo esto, de difundir la gloria del mejor poeta nacido bajo el hechizo lírico de su Giralda.

A. A. E.

## VIDA ROMANTICA DE BECQUER

Antonio Aparicio Errere, joven poeta sevillano, leyó en el Centro Cultural de San Lorenzo (Sevilla), situado en el barrio donde nació Gustavo Adolfo Bécquer, su anunciada conferencia, «Vida romántica de Bécquer».

Resulta siempre difícil mantener tensa la atención de un auditorio en una lectura; más si no se es breve. Antonio Aparicio venció esa dificultad. Y la venció a fuerza de empuje juvenil, de entusiasmo, de conocimiento del tema, de cariño hacia la entrañable figura de Gustavo Adolfo. Y de algo más: a fuerza de ser poeta. De Bécquer, del poeta, de su vida y de su obra, puede hablar todo el mundo: no hay más que escarbar un poco en el bolsillo en que cada cual lleva su erudición; y rellenar luego cuartillas y más cuartillas, y leerlas. Pero del poeta — sobre todo del poeta Bécquer — no puede hablar, como lo hizo Aparicio — quien no sea poeta también. Hay un aleteo emocional que, al tratar de un artista, no puede prender en el público sino otro artista.

Artista, poeta, Bécquer; artista, poeta, Aparicio. Así, la vida romántica de Gustavo pasó ante nosotros — 22 de noviembre; Centro Cultural de San Lorenzo — como una admirable cinta cinematográfica, plena de calor y de color — de vida —.

Hay que darle a la conferencia de Aparicio — aparte su calidad literaria — todo el valor que tiene como exponente de una actitud: la de defender con el ímpetu arrollador de los diez y ocho años una decidida vocación poética.

L. F. P. I.

## DOS CONFERENCIAS DE OLIVARES FIGUEROA. «LOS PASTORES DE BELEN» DE LOPE DE VEGA y «POESIA INFANTIL»

1

En las alas de inflamado magnesio — relámpago de alquimia — de la literaria actualidad palpitante, automodelado en su propio barro con los palillos de cristal de las traslúcidas ideas;

fundido con las aleaciones anímicas en el crisol de su propio entusiasmo; diestramente en la diestra la eléctrica linterna de la singularidad relativa — remozada linterna de Diógenes, para con desnudos cuchillos de luz desnudar de disfraces de hombres a los aborígenes de las Batuecas, habitantes del Limbo de las muchedumbres estultas —, nos llega a esta Sevilla conferenciomanómana del tricentenario de Lope y del primicentenario de Bécquer y... de las peñas culturales, un andaluz de espíritu compenetrado con la Córdoba gongorina, recibida en el estoicismo de Séneca y templada en la espada del Gran Capitán y alargada — étnico atavismo de arábica elegancia — en la «larga» de Lagartijo — uno de los Rafaeles de Córdoba, arcángel de la donosura taurina —, nos llega Rafael Olivares Figueroa — Rafael y Olivares, Córdoba evocada —.

Hermano de la cofradía de la Paradoja — para parecer andaluz completo —; académico sin academicismo — entró en la Academia, sin que la Academia entrara en él —, que puede permitirse el lujo de glosar dentro del Jardín de Academos la «Letanía de Nuestro Señor Don Quijote», del paradójico Rubén Darío; incansable andariego del campo de la erudición literaria y alpinista de los ventisqueros de la nueva poesía, de la moderna estética, nos trae, en la mano y de la mano, al Aula Máxima — máxima frialdad inacústica de la oficial sapiencia (así todas las aulas universalmente) de la Universidad Literaria hispalense, «Los Pastores de Belén», de Lope de Vega.

Presenta al Cimabue literario de estos Giotto librescos — no, por serlo, menos jugosos y rozagantes — Jorge Guillén, para evitar la redundancia, ya que el poeta — Guillén lo es auténtico — lleva el don enhiestado en la señoría de su innato don — el maestro Jorge Guillén, cantor de *Cántico*, indeshumanizado aprehensor de finuras y sutilezas, este poeta valisoleitano universalista — Castilla en el mundo —, todo exquisitas sensibilidades juveniles y fraternas cordialidades, que se parapeta y se cohibe — así menos se oculta — tras su aspecto de místico de San Ignacio, que reclama para su exaltación el buril de un viejo eborario y la pluma pirnáica de Ramón de Bastera, y al que sólo le falta para parecerlo del Greco la barbilla en punta y la gola. «Así como Picasso ha tenido su época azul — ha dicho muy exactamente Adriano del Valle —, Sevilla tiene ya su época guilleniana».

Guillén hace una fina presentación, y Olivares Figueroa traza un itinerario inquisitivo a través de las cinco partes del poema lopiano — otras tantas de un planeta Tierra poético — y nos rememora villancicos del Fénix, ungidos con ungüento de nardos de la insuperable ternura.

2

A imitación del Divino Maestro, que lo fué de supremas ternuras, se acerca a la infancia este hombre niño, al que le borbotan claras linfas de optimismo pueril por todos los poros de su ser, este maestro y escritor, Olivares Figueroa, y nos trae a la Tertulia del Arenal — arrenal donde floreciera el de Lope — las flores de ternura poética de su «Poesía infantil», en un pórtico de belleza vibrátil, de ritmo interior, arco-iris de arte en el cielo de abstracciones, matizado con murmullos fluyentes, bajo rosas estremecidas.

Los seleccionadores de «Poesía infantil», Olivares Figueroa y Sánchez Trincado, rebucadores de verdes frutos de infantilidades en florestas de cancioneros y antologías, no persiguen el tema infantil, anhelan el hallazgo del poeta niño, para que los niños lo lean.

Olivares Figueroa y su colaborador Sánchez Trincado, con sus colecciones de «Poesía infantil», meten calientes rayos de sol en las cárceles — frialdad y sombra — de la vieja Pedagogía.

Ahora, sólo anhelamos el advenimiento de los filantrópicos y conscientes pedagogos de arte que lleven a la infancia. en la escuela y en el hogar, el arrodillado infantilismo de fra Angélico y el hiératico de su discípulo Benozzo Gozzoli; el magistral del Cimabue y el pastoril de su discípulo el Giotto; el ascual de fra Filippo del Carmine y el regresante de su discípulo Sandro Filippini (Botticelli), auroralmente tierno en el orto de «La Primavera»; el poético infantilismo de nuestro Juan Sánchez de Castro y de nuestro Alejo Fernández, perfumado de infantilidad y de inocencia, a través de los siglos, en el símbolo en flor de la adolescente Virgen de la Rosa, Rosa Mística de la aurora del arte español; y el infantilismo del amanecer de la Escuela Flamenca, y la puerilidad de los primitivos imagineros, la inocencia, en fin, de todos aquellos artistas que llevaban jugosa en el cristal del corazón una pulcra azucena de virginales emociones.

FERNANDO DE LOS RÍOS Y DE GUZMÁN.



## LOPE EN EL ATENEO

Se iba pasando el tricentenario de Lope de Vega, y Cádiz apenas había hecho nada para conmemorarlo debidamente. Al fin, el Ateneo, aprovechando la apertura del curso actual, ha rendido a la memoria del genial dramaturgo un solemne homenaje. Puso el pórtico a la fiesta el profesor don Camilo Gálvez, interpretando al clave—finura y precisión—diversas composiciones de Albéniz, Soler y Falla. Luego José María Pemán pronunció un elocuente discurso sobre el sentido de Patria en el teatro lopesco, lleno de pensamientos profundos y recamado de felices imágenes. Por último, Eduardo Marquina leyó de la manera magistral que él sabe hacerlo, el tercer acto de su *Dorotea*, después de hacer unos felices comentarios sobre la misma. La fiesta, que resultó muy brillante, se deslizó entre el entusiasmo de la nutrida y selecta concurrencia.

También el Ateneo de Jerez quiso honrar la memoria de Lope, abriendo un curso de conferencias sobre distintos motivos de la vida y la obra de éste. No sabemos por qué el proyectado curso se truncó casi en sus comienzos. Entre las disertaciones que tuvieron lugar se destacó una de Tomás García Figueras, cultísimo escritor y entusiasta africanista, que trató de *Lo africano en el teatro de Lope*, con sumo acierto y acopio de valiosas sugerencias.

## HOMENAJE

Los amigos y admiradores del notable recitador Carlos Muñoz, le han ofrecido un banquete en San Fernando, para celebrar sus continuados éxitos. Mucho entusiasmo. Muchas felicitaciones. Mucha alegría poética. Y un discurso al final del homenajeado, pleno de cordialidad y de fervor artístico. No podía faltar la simpatía de ISLA por la magnífica labor de Carlos Muñoz, que lleva por todas partes la voz de los poetas jóvenes andaluces.

## † RAMÓN SIJÉ

Ultimando este número nos llega la triste noticia del fallecimiento de Ramón Sijé, que nos causa una dolorosísima impresión. Precisamente nos ocupamos en esta salida de nuestra Revista de su reciente y gran ensayo *El golpe de pecho o de cómo no es lícito derribar al tirano*. Y también de los dos últimos cuadernos de *El Gallo Crisis*, la interesante publicación que dirigiera en Orihuela, su patria, con creciente entusiasmo y renovados éxitos. Ramón Sijé era un gran escritor y un fino crítico. Escritor de ahora y de siempre, con jugos de la mejor claridad y ágil vibración moderna. Su muerte priva a las letras jóvenes españolas de uno de sus más claros exponentes. Ramón Sijé, buen amigo de ISLA, había honrado sus páginas en dos ocasiones. Con su brillante trabajo *El héroe como concepto* y con su aportación a nuestra encuesta romántica del número anterior. Descanse en paz el querido amigo.

## REGISTRO DE REVISTAS

—Después de un número algo desigual, integrado todo él por firmas—pintoras, poetisas—jóvenes españolas, publicó *Noreste* un espléndido cuaderno—que hace ya el número 11—, en el que colaboran Alexandre, Altolaguirre, Cernuda, García Lorca, González Tuñón, Neruda, Concha Méndez, Laffón, Carrera Andrade, Agustín Aguirre, Seral y Casas, Ruiz Peña, Maruja Mallo, Azcoaga, José M.<sup>a</sup> Abizanda y Serrano Valerio. Unas ilustraciones de Buñuel, José Caballero, Comps Sellés, Manolo Jaén, Moreno Villa, Ives Tanguy y A. Solana, le dan graciosa amenidad. Como se ve, se trata de un interesante número, que significa una notable superación respecto de los anteriores. Merecen sinceros plácemes Seral y Casas y cuantos con él contribuyen a sostener *Noreste*, por la bella labor que vienen animosamente realizando.

—*Gaceta de Arte*, de Tenerife, ha dedicado al surrealismo un gran número, con motivo de la estancia en dicha ciudad, de André Breton, Benjamín Peret y otros calificados representantes de ese movimiento. Publica el discurso del autor del *Manifeste du surrealisme* ante el Congreso de Escritores para la defensa de la cultura, que tuvo lugar en París, además de otros trabajos de éste, Paul Eluard y Salvador Dalí. También da cuenta de las actividades del grupo surrealista de Tenerife y la declaración hecha por *Gaceta de Arte*, como grupo, para la importante revista francesa *Cahiers d'Art*. Constituye este

número de la revista tinerfeña un valioso documento para fijar el proceso en España del movimiento surrealista, al que los animadores de aquella califican «como movimiento vivo en el actual desbarajuste de los sistemas occidentales de cultura.» Posteriormente hemos recibido el número 2 del *Boletín Internacional del surrealismo*, publicado por el grupo surrealista de París y *Gaceta de Arte*, de Tenerife, en el que se fija la posición del grupo en general y en especial del tinerfeño, para su actuación en el futuro. Hay palabras duras para Giménez Caballero, que no supo encauzar aquel movimiento de vanguardia que alentó *La Gaceta Literaria*, ni comprendió el verdadero sentido del surrealismo; para Madrid, que no hace otra cosa, literaria y artísticamente, «que salpicar de confusiónismo, con su desorientación, con su inconsciencia, con su analfabetismo de salón, la escasa vida espiritual de las provincias»; para *Cruz y Raya*; para Alberti, «que tiene en Francia su paralelo en Louis Aragon» y «que fué al Congreso de Moscú a contarnos si se vestía de esta o de la otra manera; pero que no se enteró de las orientaciones marcadas por Bukharine en el campo literario»; y para las revistas de provincias «donde el poemita oculta la traición a los problemas vitales de nuestro tiempo»...

—Tras algún tiempo de silencio se ha publicado el número 10 de *Eco*, que Rafael Vázquez-Zamora dirige con sostenido acierto. Trae tres sugestivos ensayos: *Los hombres de letras a través de «Eco»*; Georges Duhamel; *El enigma de Amarilis*, buena contribución de Alberto Ureta al estudio de Lope de Vega, con motivo de su tricentenario, y *Libros de amor*, por Vázquez-Zamora. Notas críticas y extensa información de las actividades literarias españolas. *Eco* responde cabalmente a su deseo de ser «no una revista de minorías ni de vanguardia, sino de todos y para todos».

—*El Gallo Crisis*. Dos números—5 y 6—unidos. Con ellos terminó la primera etapa de esta sugestiva publicación. Terminó «a mayor gloria de Dios» y dando un segundo picotazo a «la ciudad triste de Madrid.» Un gran poema de afirmación aldeana de Miguel Hernández, otros poemas de Luis Rosales, un *Himno de Pentecostés*, de Paul Claudel, traducido por Vivanco, y varios ensayos de su director Ramón Sijé, sobre Santo Tomás, sobre el romanticismo, sobre la poesía albertina, llenan este número doble, buen cacareo final del *Gallo*. Hay también un comentario sobre Jovellanos y la acostumbrada sección *Las verdades como puños*, en la que más que puños se alzan al aire afiladas espadillas de intenciones.

—*Revista Hispánica Moderna* (New-York-Alicante) ha lanzado su número 4. E. K. Mapes se ocupa de *Los primeros sonetos alexandrinos de Rubén Darío*; Juan Guerrero, del poeta Feliciano Rolán, muerto en sazónada promesa, y John Englekirk de *Rubén Darío y los críticos chilenos*. Secciones de bibliografía, notas críticas, noticias literarias, actividades del Instituto de las Españas en los Estados Unidos, unas páginas escolares y una Canción de cava salmantina, armonizada por Emilio de Torre. *Revista Hispánica Moderna* viene realizando una fina labor de cultura, que merece los más cálidos elogios.

—Hemos recibido los dos primeros números de *Ecrits du Nord*, que en Bruselas publica un Comité de Redacción integrado por escritores como Jean Cassou, Leon-Paul Fargue, Robert Goffin, Franz Hellens, Edmon Jaloux, Valéry Larbaud, Mac Orlan y Ernest Moernan. Publican valiosos trabajos—prosa y verso—de éstos, así como certeras notas de literatura, artes plásticas, música, teatros y cinema.

—Tras *Hojas de Poesía*, que no pasó del segundo número—en él, Gómez de la Serna y Marinetti, Buendía y Laffón, Garfias y Juan Sierra, Milla y Seral y Casas, y también Sánchez Mejías, en un inédito quiebro literario bastante peor que los que daba en el ruedo—, ha surgido en Sevilla, deseamos que con más cuerda vital, *Nueva Poesía*, al mando de Ruiz Peña, Pérez Infante e Infante Florido, y con la ayuda de su primera salida, de Jorge Guillén, Romero Murube, Rojas Marcos, Seral y Casas, Pérez Clotet, Aparicio Errere y otros. *Nueva Poesía* ha nacido con cierto aire polémico, con un Manifiesto inicial en que sus editores declaran querer ir «hacia lo puro en la Poesía», frente a «una Poesía sin pureza» preconizada por *Caballo verde para la Poesía*. Entiéndase bien, sus editores. No todos los que en ese primer número colaboran, como erróneamente ha creído Pérez Ferrero. Con mucho interés aguardamos el segundo número de esta revista sevillana, que la entusiasta y juvenil mano de sus pilotos hará que supere al primero.

—El Ateneo popular de Burgos dedicó su número 15 a conmemorar el tricentenario lopesco, insertando una magnífica conferencia leída por José Bergamín en el Teatro Principal de la ciudad castellana, sobre *Lope, suelo y vuelo de España*, así como otros lúcidos trabajos de Eduardo de Ontañón y Agustín Díez Pérez.

—En Barcelona han aparecido dos números de *Hoja Literaria*, dirigida por Enrique de Juan. En el primer número publicaba, además de poemas de su director, José Sanou, Rafael Laffón, M.<sup>a</sup> Luisa Muñoz de Buendía y Seral y Casas, los siguientes ensayos: *De la sobriedad en la literatura*, por José Ferrater Mora; *Hablando con García Lorca*, por Sánchez-Trincado; *Notas a Santayana*, por F. González Taujís; *Por qué no hay novelistas nuevos*, por Isidoro Enrique Calleja; *Quevedo junto a la muerte*, por P. Pérez Clotet. En el segundo: *Elogio y defensa de la rima*, por E. de Juan; conclusión de *Por qué no hay novelistas nuevos*; *El puerto*, por Agustín Espinosa; *La Santa*, por J. Fernández Serra; el comienzo de *Una encuesta a la generación del 98*, con contestación de Ramiro de Maeztu, y otros trabajos de interés. Poemas de González Taujís, Mediano Flores, Pérez Infante, Infantes Florido y Ruiz Peña. Y en uno y otro número, abundantes notas de libros, teatro y cine. «*Hoja Literaria*—nos dicen sus anfitriones—pretende ser el periódico literario de que en la actualidad carece España... Los problemas literarios de ahora y de siempre serán estudiados por nosotros tan a conciencia que llegaremos a establecer, si ello está a nuestro alcance, una tabla de valores donde lo eterno en literatura predomine sobre lo circunstancial. Eso por un lado: por otro prestaremos a toda manifestación literaria, sea de la escuela que fuere, la atención más entusiasta y metódica». Nos parece admirable la posición de *Hoja Literaria*. Respecto a lo que en su segundo número dice haber disgustado a las provincias españolas, «porque su actualidad como rectoras de la vida literaria española ha caducado con nuestra aparición», apresurémonos a decir que por lo que a nosotros y nuestra ISLA se refiere, como no aspirábamos a regir—ni contribuir a regir—la vida literaria española, ni nada, ningún disgusto nos ha causado la aparición de *Hoja Literaria*. Si gran placer en cuanto viene a remover el ambiente de nuestras letras. Ahora bien, no creemos que la aparición de la revista barcelonesa signifique, ni mucho menos, la ineficacia de las revistas de provincia, revistas, dicho sea de pasada, que merecen la simpatía de todos, ya que en tiempo en que Madrid y Barcelona han enmudecido, ellas, en sus cortas posibilidades han logrado sostener un hálito de fervor poético. Dios sabe a costa de cuantos sacrificios de todo género.

—Número, la revista que Guillermo Jiménez publica en México con exacto tino, inserta en su número 4 el siguiente sumario: *En la pradera de Goya*, por Genaro Estrada; *Dos poemas*, por E. González Martínez; *Ensayo*, por Raul Silva Castro; *Poema sin palabra*, por Salvador Novo; *La novela disuelta en el cine*, por Rodolfo Usigli; *La danza*, por Guillermo Jiménez. Además ofrece como suplemento un buen ensayo de Alejandro Quijano sobre *Cervantes y el Quijote en la Academia*, que acrecienta notablemente su importancia.

—Julio J. Casal continúa, de cuando en cuando, sorprendiéndonos con la aparición de *Alfar* ya entrada en el décimo-tercero año de existencia. Publica poemas de Milotz, García Lorca y Enrique Amorín, y varios importantes ensayos: *La Condesa de Noailles*, por Sofía Arzarello; *El Arte Mágico de la Argentina*, por Clotilde Luisi Podestá; *Bosque sin horas*, de Jules Supervielle, poeta individualista, por Cipriano S. Vitoreira; *Sensorialismo y Construcción en el Arte*, por V. Salas Viu; *Pigmalión*, por Luis Giordano; *La escultura de Mestrovic*, por Torres García; *Presentación de Alfonso Reyes*, por Gervasio Guillot Muñoz, y *Lo maravilloso en el cine*, por J. M. Podestá. Reproducciones de Mestrovic, Benjamín Palencia. Maruja Mallo, Torres García, Alberto y Díaz Yepes, dibujos de Pastor y Peña y abundantes notas de libros.

—El número 138 de *La Revista Americana de Buenos Aires*, que dirige V. Lillo Catalán, trae originales de éste, María Dolores Arana, Santiago Argüello, Liub de Zina, José Sanz y Díaz, actual representante de esta revista en España, y de cuyo talento y actividad esperamos mucho. Sanz y Díaz publica una colección de cuentos, bajo el título de *Espigas de humo*, que también hemos recibido en edición aparte y de la cual nos ocuparemos en nuestro número próximo.

—*Letras*, de Huelva, continúa, cada vez con más entu-

siasmo, aunque su aliento se quiebre de cuando en cuando en eventuales silencios, que nos parecen siempre demasiado largos a los que aguardamos con fervoroso interés su llegada su radiante vuelo lírico, hacia todo los cielos de España. Ahora se ha unido al juvenil equipo de poetas que sostienen esa bella página, la voz egregia de Juan Ramón Jiménez, el «andaluz universal», con lo que cobra *Letras* un singular relieve.

—Tercera Presencia, de la Universidad Popular de Cartagena; *Visita a don Manuel B. Cossio*, por Antonio Oliver; *Castilla*, por C. Martínez Peñalver; *Luis Conde Parreño (Memoria despierta)*, por Carmen Conde; poemas de Clemencia Miró, Álvarez Gómez, Benítez de Borja, Rodríguez Cánovas y Estevan Sansores, más un poema antológico del olvidado y exquisito Salvador Polo de Medina. Un bello número en su simpática sencillez, que denota la vigilancia de Antonio Oliver y Carmen Conde, maestros de finura.

—Hemos recibido el primer número de *Cuadernos* de la Facultad de Filosofía y Letras, de Madrid. Se trata de una espléndida publicación en presentación y contenido, hecha en un tono de seriedad y fervor intelectual ejemplares. Integran su sumario los siguientes interesantes trabajos: *Cicerón, Catulo y nosotros*, por Carlos Alonso del Real; *El tema de la mujer hasta Quevedo*, por María Rosa Alonso; *Tamerlán*, por Darío Fernández Flórez; *Postimerías del hombre de Castilla*, por Ezequiel E. Benavent Escuin; *Ideas pedagógicas de Cossio*, por Anselmo Romero Marín; *Textos: Aristóteles: El saber por excelencia* (versión y notas por Julián Marias); *Revisitas y libros*; *La Facultad*.

—*Revista del Ateneo*, de Jerez, publicó hace bastante tiempo su número 68. En él Pelayo Quintero y J. Hernández Díaz se ocupaban de temas artísticos; Olga Briceño, de Bolívar; Pemán, Ruiz Peña y otros, colaboraban poéticamente, Manuel Esteban con una contribución a la historia jerezana y Enrique Azcoaga con un extenso ensayo sobre el poeta Pérez Clotet. En la sección titulada *Vida del Ateneo* daba amplia reseña, entre otras cosas, de un cursillo dado por Hernández Díaz sobre Arte cristiano y de una fiesta de Poesía organizada en honor de Pemán en la Cartuja, que estuvo dirigida por el fino espíritu de Alfonso Patrón. Como pasan los meses sin recibir la visita de esta pulcra Revista, sospechamos que haya interrumpido su publicación. De ser así, deseamos se resuelvan pronto cualesquiera dificultades que obstaculicen su camino, para que pronto pueda proseguir su desinteresada obra de cultura.

—Recibimos el número de Octubre de *Presença*, Hoja de arte y crítica, de Coimbra. Con vivaces poemas de Lionello Fiumi, Antonio de Navarro, João de Castro Ossorio y varias interesantes prosas, entre ellas *Deus e Mandamentos*, de José Marinho. Con despierta atención crítica y limpia y cuidada presentación.

—Cada vez con mayor acierto, viene publicando el librero valenciano Miguel Juan *Gaceta del Libro*, simpática Revista de crítica e información. En ella, además de tratarse de todo lo referente al libro, se insertan trabajos de bibliografía y de creación muy notables. Y por su primera página se va haciendo desfilar una galería de los más destacados escritores contemporáneos. En el número 13 leemos: *Luis Cernuda o el aire dolorido*, un finísimo ensayo de Gil-Albert; *Los Monederos Falsos*, de Andrés Gide, ágil y sincera nota de Andrés Ochando; *En la bandeja de Salomé (Santas cabezas de la Literatura)*, de Emilio Fornet y *Temperatura espiritual del libro*, de Lucio Ballesteros Jaime. Quisiéramos que el caso de Miguel Juan sirviera de ejemplo a nuestros libreros, que generalmente desempeñan su oficio en una imperturbable apatía.

—Tras una suspensión de seis meses, reanuda *El Libro y el Pueblo*, de México, su brillante labor de divulgación y propaganda de temas culturales y sociales de su país. En este número correspondiente al mes de octubre, publica un buen ensayo de Félix Lizaso sobre el actual auge biográfico, otro de Dorothy M. Kres sobre Catalina de Erauso y *México en la Prensa de Habla Inglesa*, por Rafael Heliodoro Valle.

—Otras publicaciones recibidas: *Nós*, Orense; *Índice Literario*, *Línea*, *Escuelas de España*, *Nueva Educación* y *Azul*, Madrid; *Tinta*, Sevilla, y *Papel de Color*, Mondoñedo.

## SUMARIO

- Muerte a lo lejos—Callejeo*, por Jorge Guillén.  
*Canto*, por Emilio Prados.  
*Bahía*, por Rogelio Buendía.  
*La respuesta de Fuenteovejuna*, por Enrique Azcoaga.  
*Témpano en el aire*, por Pierre Reverdy.  
*Leyendo a Lope de Vega: Intento remover las aguas  
del olvido y del recuerdo*, por Andrés Ochando.  
*3 sonetos*, por José M.<sup>a</sup> Morón.  
*Adriano del Valle*, por Juan Sierra.  
*Puerto de estío*, por Antonio de Obregón.  
*4 recuerdos de Lope*, por Antonio Aparicio Errere.  
*Nana de Invierno*, por Juan Ugart.  
*Poemas*, por Eugenio Mediano Flores.  
*Teogonía*, por José Ferrater Mora.  
*Los ángeles en la pintura*, por Antonio Cano.  
*Dos poemas*, por Juan Lacomba.  
*Horizontes*, por Arturo Zabala.  
*Poemas*, por Antonio Milla Ruiz.  
*Notas: Nuestras vidas son los ríos...*, por P. Pérez  
Clotet.  
*T. S. H.*

**Cádiz : 1936**  
**Imp. Salvador Repeto**  
**Marqués de Cádiz, 5**

**2 Ptas.**